

La Ilustración Artística

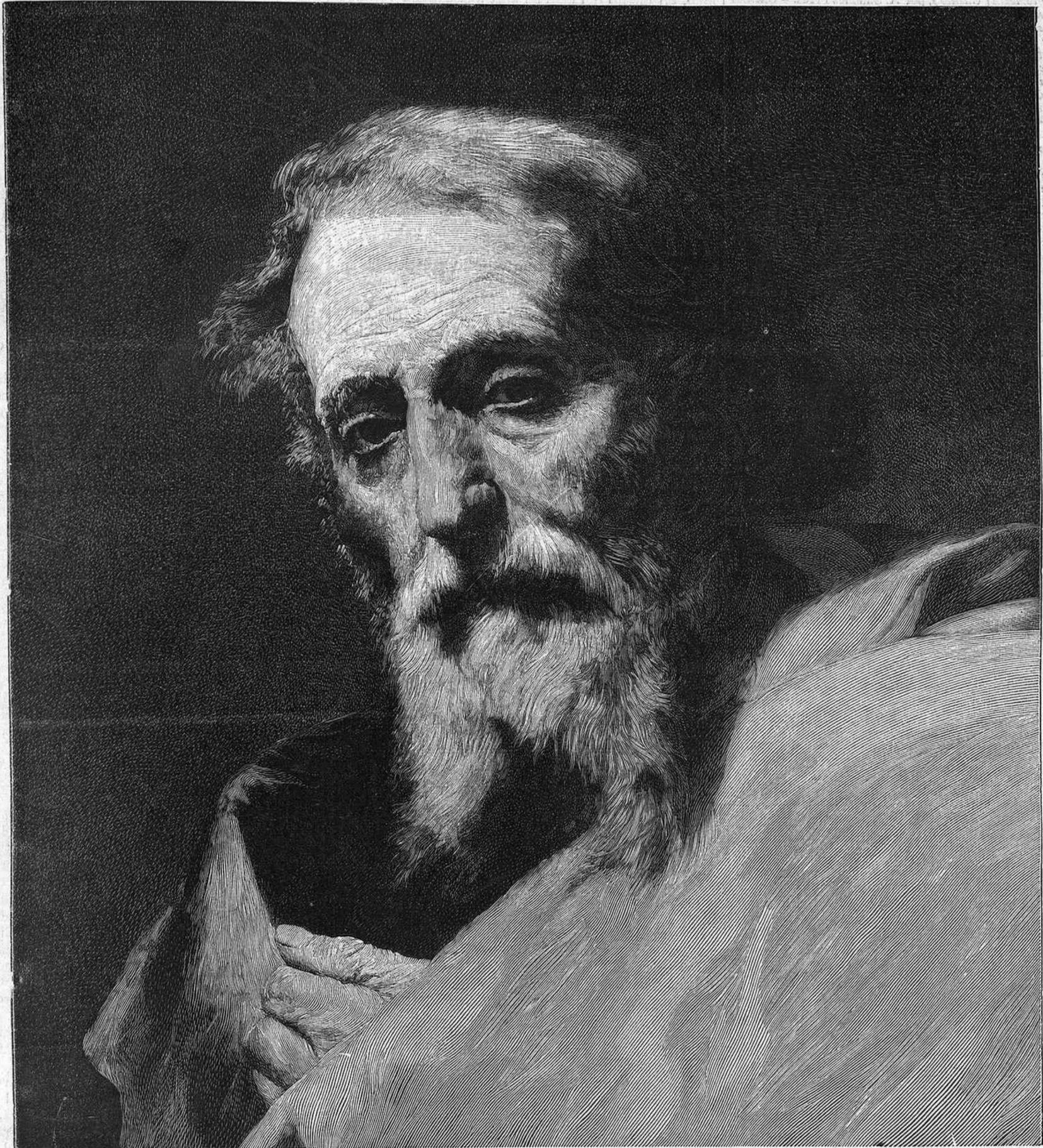


Año XIX

BARCELONA 8 DE OCTUBRE DE 1900

Núm. 980

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAN BARTOLOMÉ cuadro de José de Ribera, el «Españoleto»

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo y último de la interesantísima novela de Lesage GIL BLAS DE SANTI LLANA, magníficamente ilustrada por Mauricio Leloir, y cuyo primer tomo fué acogido tan favorablemente, así por el público como por la prensa.

Comprendiendo la impaciencia de nuestros suscriptores, hubiéramos querido repartir primero la novela de costumbres ne-ronianas *Quo vadis?*, del insigne escritor polaco Enrique Sienkiewicz, que ha sido traducida ya á todos los idiomas; pero el deseo de que nuestra edición, que aspiramos á que sea la más conforme al original de las publicadas en España, vaya también ilustrada con las hermosas láminas que para la misma está dibujando el notable artista C. Minardii, nos obliga á demorar su reparto, que, sin embargo, prometemos activar todo lo que nos sea posible, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que esta edición se publicará *sin supresiones ni alteraciones* que la desfiguren del texto original.

SUMARIO

Texto. — *Crónicas de la Exposición de París*, por Juan B. Enseñat. — *Las fuentes de Versailles*, por Pedro de Nollac. — *Política y cortesía (Cuento)*, por A. Sánchez Pérez. — *Cuentos provincianos. El primer caso de oficio*, por Cristóbal de Castro. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *El trolley subterráneo de la compañía Thomson-Houston*, por G. M. — *Regeneración del aire viciado*, por Enrique de Parville. — *La expedición polar del duque de los Abruzzos*. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *San Bartolomé*, cuadro de José Ribera, el *Es- pañoletto*. — *Versailles. Fuente de Apolo. Fuentes de los Mu- ñecos. La fuente de Saturno. Fuentes de la terraza de La- toña. La fuente de Baco. La fuente de Flora. Fuente de Latona. La fuente de Ceres. Fuente de la Pirámide. Cabeza de estudio*, cuadro de J. Brull. — *Un patio de Venecia*, cuadro de A. Salinas. — *Hilanderas de Stralsund*, cuadro de Juan Bartels. — *Estudio*, dibujo de J. Miralles Darmanin. — *Construcción del trolley subterráneo de los tranvías Thomson-Houston. Aparato Desgrez y Balthazard. La fuente de Cupido*, cuadro de Harold Speed.

CRONICAS DE LA EXPOSICION DE PARIS

Secciones coloniales. — Madagascar. — Colonias del Oeste africano. — Argelia y Túnez. — La rival de Pompeya. — El fundador de Timgad. — Plano en relieve. — Recuerdos é impresiones. — Evocación del pasado.

Francia parece haber tenido grande interés en consagrar ante el universo reunido en la Exposición la constitución definitiva de su imperio colonial. Nada más lógico que haberlo instalado, por consiguiente, en sitio de preferencia, como para una gran manifestación en pro de la expansión francesa.

Pero como en las esferas del poder hay muchos enemigos de toda expansión colonial, y algunos de esos enemigos ejercían dominadora influencia en las cosas de la Exposición, aunque se convino en dar un puesto de honor á las secciones coloniales, se acordó, á vuelta de ridículas tergiversaciones, que ocuparían un reducido espacio en el Trocadero.

Semejante prueba de antipatía no desalentó, sin embargo, á los que habían aceptado la misión de organizar una digna representación del imperio colonial francés. M. Charles Roux, delegado general del ministerio del ramo, supo vencer, con el valioso concurso de los comisarios de cada colonia, las dificultades más espinosas y burlar las malevolencias más ocultas. Uno y otros pueden estar satisfechos de su obra: la exposición colonial es un éxito.

Pero vamos por partes, empezando por la sección de Madagascar, que ocupa un gran pabellón cilíndrico, situado en el centro de la plaza del Trocadero y unido á este palacio por medio de una plataforma.

En la planta baja hay un bosque virgen en miniatura, que da la ilusión completa de una vista forestal de los trópicos; y para que esta ilusión sea más completa, el bosque en miniatura está habitado por serpientes, pájaros y monos. El resto del pabellón contiene una exposición completa en materia de botánica, zoología, mineralogía y etnografía, que ofrece ancho campo á la observación y al estudio.

Completa la parte botánica una serie de jardincitos con plantas artificiales, como cafetos, cacao, bejuco de caucho y de vainilla, que no es posible presentar aquí al natural, y dan al público exacta idea de esas plantas tropicales.

En torno del pabellón, y en cabañas copiadas fielmente de los tipos de habitación más comunes en Madagascar, viven familias enteras, procedentes de distintas comarcas de la isla y entregadas á sus habituales ocupaciones. Estos indígenas hacen cuerda, tejen lienzos, fabrican cacharros, confeccionan objetos de mimbre ó manipulan el oro en sus diferentes fases.

Esta población en miniatura está dotada de un pequeño puerto, en torno del cual vagan algunos

animales domésticos, como el cebú, que prestan grandes servicios en Madagascar.

En un invernáculo se conservan numerosas plantas tropicales, llamando particularmente la atención los tipos de orquídeas que abundan en los bosques de la región central de la isla.

Se sube por dos rampas al primer piso, donde se encuentra, en primer término, un plano en relieve de la colonia, cuyas comunicaciones con la vieja Europa y el litoral del Océano Índico se indican en una serie de cartas colgadas de la pared.

Ocupa el centro un panorama en que se reproducen los episodios más notables de la conquista de Madagascar, y en torno del panorama se halla una colección completa del equipo, mobiliario y utensilios coloniales.

Cada una de las colonias francesas del Oeste africano ha hecho separadamente su instalación, exceptuando el Senegal y el Sudán, que se hallan en un mismo edificio. Entre estas instalaciones, la más pintoresca es sin duda alguna la del Dahomey, con sus construcciones de estilo africano puro, sus colecciones variadas, instructivas y amenas, con su pequeño lago, en medio del cual se alza una cabaña verdaderamente lacustre y en cuyo cristal se reflejan algunas piraguas de afilados extremos. Numerosos indígenas habitan esta sección, acentuando su color local.

El pabellón de la Guinea francesa es copia exacta de una gran choza de jefe del Futa-Djalón, y está llena de colecciones curiosas y sugestivas.

El del Senegal-Sudán tiene un aspecto imponente, de carácter muy acentuado, conforme al estilo particular de las mezquitas situadas en las márgenes del Níger. El interior se compone de una vasta sala, adornada con frescos que representan pintorescos sitios y llena de objetos que dan exacta idea de la producción y de la vida del país.

Es digno de ser señalado el pequeño pabellón de la Compañía francesa del Africa occidental, cuyas instalaciones obedecen á un espíritu práctico de comercio.

La Costa de Marfil y el Congo tienen instalaciones demasiado modestas para su importancia. Las colonias francesas de la Martinica, Guadalupe, Tahití, la India y la Guayana están bien representadas en los jardines del Trocadero. La instalación de la Nueva Caledonia se reduce á una modesta cabaña que representa un pobre papel en medio de tan hermoso conjunto. No se nos alcanza la razón de haber tratado así una colonia que de algún tiempo á esta parte viene tomando considerable desarrollo.

Las posesiones francesas del Norte del Africa se hallan representadas en dos grandes pabellones muy bien situados. El de Argelia es una construcción árabe que parece una mezquita. Revestida de blanco, brilla al sol con reflejos deslumbradores, y profusamente iluminada, de noche, produce un efecto mágico.

El pabellón tunecino forma un pequeño barrio árabe, parecido á los de Sousa y de Sfax. Las ventanas de las casas están provistas de rejas; de esas rejas á través de las cuales se divisa la sombra misteriosa de la mujer cuyo rostro cubre impenetrable velo. Atraviesa este barrio un empinado callejón, lleno de bazares, donde una multitud de comerciantes obsequiosos ofrecen, como en Túnez mismo, mil baratijas á los transeúntes.

En la sección argelina llama particularmente la atención un plano de relieve muy curioso. Es el de una ciudad resucitada, tan fiel en sus edificios y más importante que Pompeya: la antigua Thamugadi, hoy Timgad.

No tuvo el novelesco fin de la linda ciudad de recreo impregnada de arte griego, que sucumbió al pie del Vesubio en una noche de indecible angustia. Desapareció bruscamente, pero en virtud de sus destinos históricos, como todas las ciudades orgullosas con que cubrieron el suelo africano los conquistadores procedentes de Roma.

En el año 100, bajo el reinado de Trajano, el legado protector Lucio Munpacio Galo echó los cimientos de Timgad. Su historia fué la de la Numidia, en las épocas imperial, vándala y bizantina. Centro de cultura y de colonización, plantel de ciudadanos dispuestos á asegurar la recluta de la tercera legión, instalada en Lambesa, es presa de los árabes devastadores. Los moros la incendian en el siglo XVI. Un siglo después, los terremotos completan casi la obra de los vándalos, alejando á los hombres que la habitan. Quedan restos arquitectónicos, sobre los cuales la arena, ese polvo que amontona el siroco, es para Timgad lo que fué para Pompeya la lava del Vesubio.

Pasan los años. Llega el olvido. El historiador sólo dice que allí hubo una gran ciudad, elegante y próspera, hasta el día en que otros legionarios — hijos ex-

traviados de la Babel de todas las desesperaciones y de todos los arrepentimientos — desentrañan de la tierra grandes vestigios en testimonio de su pasado.

Veinte años hace que merced á una modesta ayuda pecuniaria del Estado francés y á la mano de obra no muy costosa de la legión extranjera, algunos sabios y artistas tenaces descubren cada día, más que fragmentos, edificios enteros, circos, arcos triunfales, teatros, baños termales, calles y plazas. Y todo esto en una superficie de sesenta hectáreas.

El plano en relieve de la resucitada ciudad tiene el defecto de no dar la impresión de la vetustez. Sin embargo, se le observa con interés extraordinario. La vía central empieza al Sur con un arco triunfal de Trajano, que no ha encontrado puesto en el plano mismo, pero que se expone en una sala adyacente. En dicha vía se halla el Foro, que contiene la Basílica civil, las tiendas, la Curia, la Tribuna, el templo de la Victoria, las estatuas erigidas en honor de los grandes personajes, y hasta las cloacas, que son verdaderos monumentos. Junto á la plaza pública, el teatro, con las primeras gradas descubiertas, las Termas, el colosal templo de Júpiter Capitolino, el mercado y sus anejos. Varias casas particulares nos inician en la intimidad de la vida romana, y diferentes basílicas cristianas se hallan distribuídas por los barrios y aun por los alrededores de la ciudad.

El arco de Trajano no deja lugar á duda alguna acerca de su construcción, gracias á una inscripción célebre que dice:

«El emperador César Nerva Trajano, Augusto el Germánico, hijo del divino Nerva, soberano pontífice, investido por cuarta vez de la autoridad tribunicia, tres veces cónsul, padre de la patria, fundó la colonia Marciana, Trajana de Thamugadi, por medio de la III.ª legión, siendo legado imperial Augusto, Lucio Munacio Galo.»

Este es el monumento que data de la fundación de la ciudad.

Las primeras excavaciones metódicas fueron practicadas por M. Duthait á fines de 1880, y la ciudad no tardó en aparecer. Actualmente, esos delicados trabajos están confiados á M. Albert Balla, arquitecto jefe de los monumentos de Argelia.

El teatro de Thamugadi podía contener ocho mil espectadores.

Las Termas, engrandecidas bajo el reinado de Séptimo Severo, han conservado sus mosaicos y una estatua de la diosa Higia. Es el monumento antiguo más vasto de su especie y el mejor conservado de cuantos se conocen. El Capitolio apareció en toda su riqueza. El mercado surgió con los detalles más pintorescos. El Foro presenta sus tiendas de dos fachadas, que permitían servir á los clientes por la calle del Teatro y por la parte del mismo Foro.

Estas tiendas están al Sur. Al Oeste se hallan las cárceles, compuestas de tres salas, y cerca de allí la Casa Consistorial, donde deliberaban los decuriones. En el fondo de la sala, dos pedestales sostienen una inscripción dedicada á Trajano y otra á la Concordia. En la misma sala se encontraron álbums que contienen ochenta nombres de magistrados. Se conservan en el Louvre.

Se ve después la tribuna desde la cual los oradores arengaban al pueblo. De aquellos discursos, ni la memoria queda. El tiempo, con profunda ironía, al conservar intacta esta tribuna, nada ha querido guardar de la vana elocuencia que excitaba á las muchedumbres.

Terminaremos esta reseña mencionando el pabellón del Ministerio de las Colonias, que viene á ser la síntesis de la Exposición colonial.

Ésta, no sólo es pintoresca y animada, sino que también instructiva en grado sumo y esencialmente práctica.

Hay una parte del público á quien divierten mucho las zambras, los bailes y los tipos exóticos, y que juzga los países coloniales por los amuletos y zaramojos de los indígenas. Pero lo que convenía, sobre todo, era mostrar, lo mismo á las masas indiferentes que al público estudioso, lo que las colonias producen y lo que el comercio de la metrópoli puede venderles con más probabilidades de utilidad.

No vamos á Ultramar para ver bailar negros y reirnos de sus supersticiones.

Al plantar su bandera en lejanas tierras, la Francia tuvo á la vez una grande aspiración y una grande esperanza.

Creo que después de visitar la Exposición colonial francesa del Trocadero, el público se lleva el convencimiento de que esa ambición era legítima, de que esa esperanza no era vana, y de que la Francia, al crear su imperio colonial, se aseguró en el mundo una nueva vida, una nueva fuerza y una nueva grandeza.

JUAN B. ENSEÑAT

LAS FUENTES DE VERSAILLES

Uno de los mayores atractivos que á cuantos visitan la actual Exposición de París ofrecen los alrededores de aquella capital, son los jardines de Versailles, que corren las fuentes de aquella regia residencia, que constituyen un espectáculo tan bello como grandioso, y que, aparte de esto, tienen en su mayoría verdadero interés artístico.

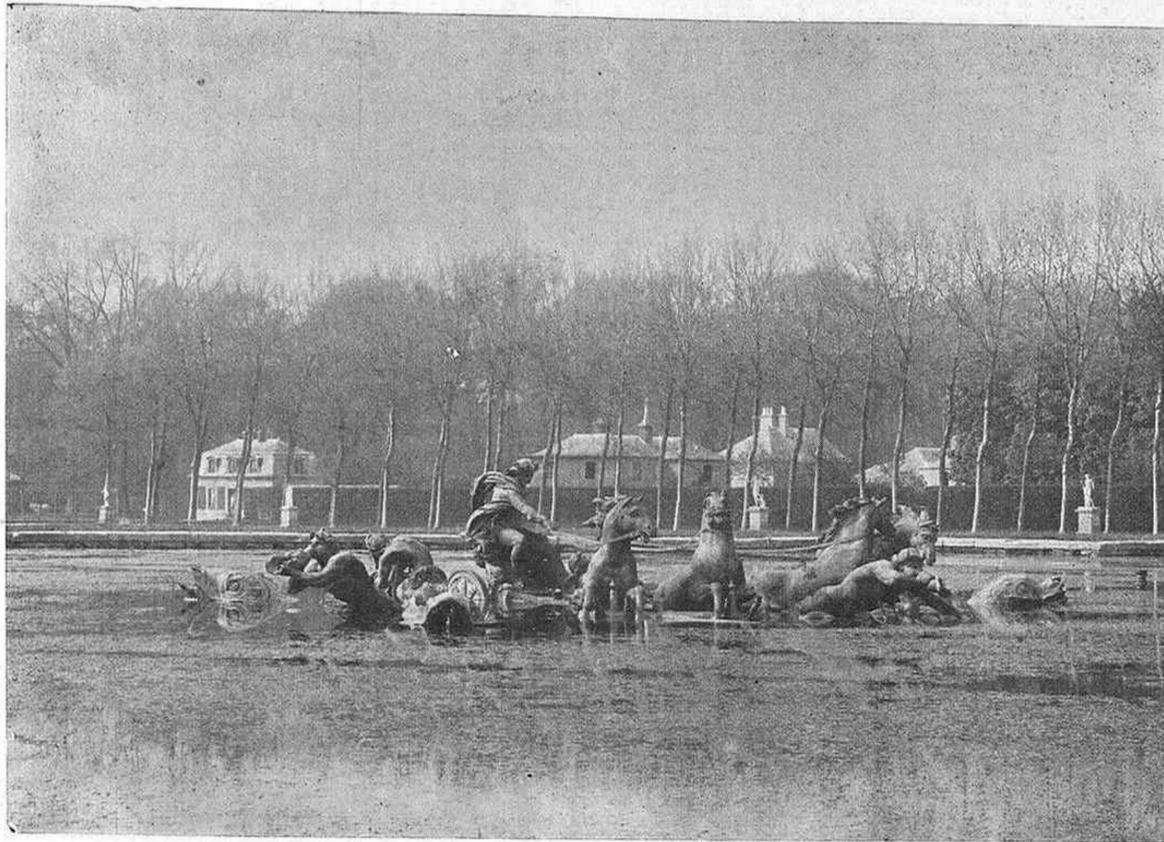
Por ambos conceptos estimamos por consiguiente oportuno reproducir hoy en estas páginas las principales de aquellas fuentes y decir algo acerca de las mismas y del lugar en que se levantan.

El castillo y parque de Versailles tuvieron su origen en un señorío situado en la aldea de este nombre que adquirió Marcial de Lomenia, secretario de Carlos X. En 1627, Luis XIII hizo construir cerca del pueblo un pequeño castillo compuesto de cuatro pabellones, adquiriendo el señorío en 1632. En 1661, Luis XIV se estableció en San Germán y comenzó á realizar en Versailles las construcciones y mejoras que continuó durante más de veinte años, llevado del propósito de hacer de aquel castillo su residencia habitual é influído también por la circunstancia de ser Versailles el teatro de sus célebres amoríos con la señorita de La Valliere. Los trabajos, comenzados bajo la dirección de Leveau, confiáronse en 1670 á Hardouin-Mansard, Lenotre dibujó el parque y se construyó la máquina de Marly para conducir las aguas del Sena. Para comprender la im-

portancia de todas las obras que en el palacio y en los jardines se llevaron á cabo, bastará decir que su coste fué de más de mil millones de libras. Desde 1672, el rey pasó en Versailles la mayor parte del año, y desde 1682 fué residencia habitual de la corte. Con Luis XV terminan los verdaderos fastos de Versailles, en donde se desarrollaron algunos de los sucesos revolucionarios que pusieron fin al reinado y á la vida de Luis XVI. Durante la Revolución el cas-

tillo estuvo á punto de ser vendido; Napoleón lo descuidó y los Borbones se limitaron á cuidar de su conservación y construir el pabellón del Sur. Luis Felipe le devolvió su esplendor creando el museo que tantas preciosidades artísticas encierra, habiendo gastado en los trabajos de restauración más de veintitrés millones de francos. Durante la guerra franco-prusiana ocupó aquel palacio el cuartel general del rey de Prusia, que fué proclamado en él emperador en 18 de enero de 1871. Después residió allí el gobierno francés y allí funcionó el Parlamento, hasta que en 1879 las Cámaras se trasladaron definitivamente á París.

El palacio de Versailles ofrece una fachada principal de 415 metros, debiendo citarse entre lo más notable que contiene los patios Real, de Mármol y de la Capilla, la gran galería, una de las más hermosas de Europa, de 74 metros de largo, 15 de alto y cinco de ancho, las habitaciones regias y la sala de la ópera. Las fuentes de los jardines de Versailles han tenido desde antiguo gran celebridad, y las dificultades con que los ingenieros tropezaron en la cuestión de abastecer de aguas corrientes una localidad que carecía de ellas por completo, acrecentaron el interés que las fuentes mismas inspiraban. A esta parte de su grandioso plan sobre Versailles se consagró Luis XIV en persona, y cuando debía recibir á los soberanos extranjeros y príncipes, el rey no se olvidaba de comprender en el programa de las fiestas una ceremoniosa visita á las fuentes.



VERSAILLES. - FUENTE DE APOLO



VERSAILLES. - FUENTE DE LOS MUÑECOS



VERSAILLES. - FUENTE DE LOS MUÑECOS

De toda aquella gran serie de obras hidráulicas, á las que van asociados los nombres de Colbert, el arquitecto en jefe, y de Francine, el ingeniero, solamente queda hoy día una porción intacta, como muchos de los surtidores y la canalización, que es aún la primitiva. Además, durante estos últimos años, muchos de aquéllos, que parecían destruídos para siempre, han sido objeto de excelentes reparaciones; y hoy día las fuentes deleitan á las multitudes exactamente lo

portancia de todas las obras que en el palacio y en los jardines se llevaron á cabo, bastará decir que su coste fué de más de mil millones de libras. Desde 1672, el rey pasó en Versailles la mayor parte del año, y desde 1682 fué residencia habitual de la corte. Con Luis XV terminan los verdaderos fastos de Versailles, en donde se desarrollaron algunos de los sucesos revolucionarios que pusieron fin al reinado y á la vida de Luis XVI. Durante la Revolución el cas-

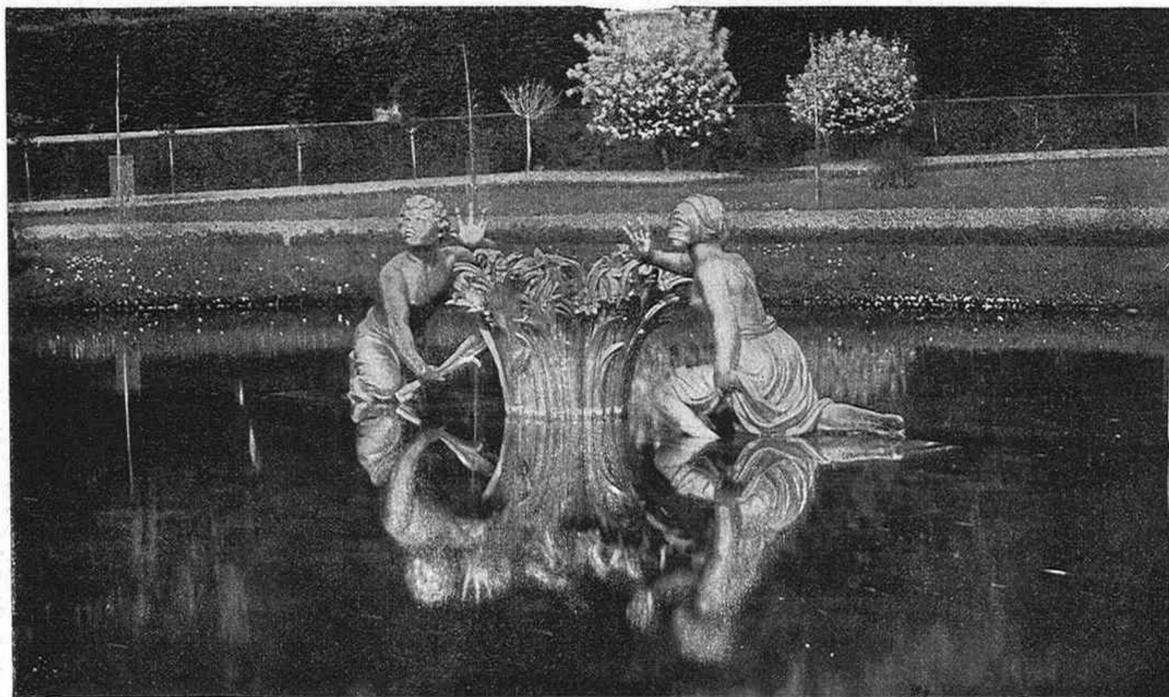


VERSAILLES. — LA FUENTE DE SATURNO

mismo que deleitaban y admiraban á los vasallos de Su Majestad hace más de dos siglos; pero el visitante inteligente fija sobre todo su atención en la obra de los maestros escultores que adornaron esas famosas reliquias de arte.

Entre el ejército de estatuas, concebidas todas en el pomposo estilo del *gran siglo*, se nota que las construídas con plomo tienen, sin excepción casi, más vida y movimiento que las de mármol, hechas por los mismos artistas. No se debe suponer que las obras de Versailles fueron ejecutadas todas y erigidas en el mismo período; es evidente, por el contrario, que la obra fué de larga duración, produciéndose piedra por piedra y estatua por estatua, para colocarlas después en el lugar señalado con la debida regularidad. Desde el día en que el joven rey restableció por primera vez el pabellón de caza de su predecesor Luis XIII y hubo terminado las maravillosas fuentes, sus arquitectos, Le Vau y Mansart trabajaron continuamente uno después de otro. Tres veces se revisó el proyecto de *conjunto* del castillo y de sus terrenos antes de que tomara al fin la forma en que le vemos hoy día; y Le Nôtre, el arquitecto de los jardines, demostró tanto ingenio y energía como sus cofrades. Cuando se lee en Dangeau que el rey fué á inspeccionar tal ó cual fuente y quedó «completamente satisfecho de ella,» se puede estar seguro de que mandaría demolerla muy pronto para sustituirla con otra más artística. Así es que muchas de las cosas conocidas de nosotros por los grabados de la época han desaparecido del todo, siendo de lamentar en algunos casos su pérdida.

Las más antiguas fuentes fueron construídas junto al castillo mismo; se adornaron en 1666, y se les dieron los nombres de *El Amor* y *La Sirena*; pero algunos cambios en la disposición de los jardines fueron causa de que poco después se trasladaran á otra parte. Una obra de mayor importancia — *La fuente del Dragón* — fué destruída en el reinado de Luis XV. En el centro había un dragón de cuya boca salía una corriente de agua de unos 28 metros de altura, y alrededor del monstruo se veían cuatro delfines nadando; mientras sentados en cisnes, varios Cupidos disparaban sus flechas contra el dragón. Los hermanos Marsy fueron los que modelaron este grupo, que con superfluo celo se reconstituyó unos diez años después. La obra producida por los admirables escultores modernos á quienes se confió este encargo no se podía igualar con el estilo decorativo de Versailles; y el nuevo surtidor del *Dragón* nos ofrece una prueba notable de la imposibilidad de reconstituir satisfactoriamente una obra de arte desaparecida. Esperemos que



VERSAILLES. — FUENTE DE LA TERRAZA DE LATONA



VERSAILLES. — LA FUENTE DE BACO

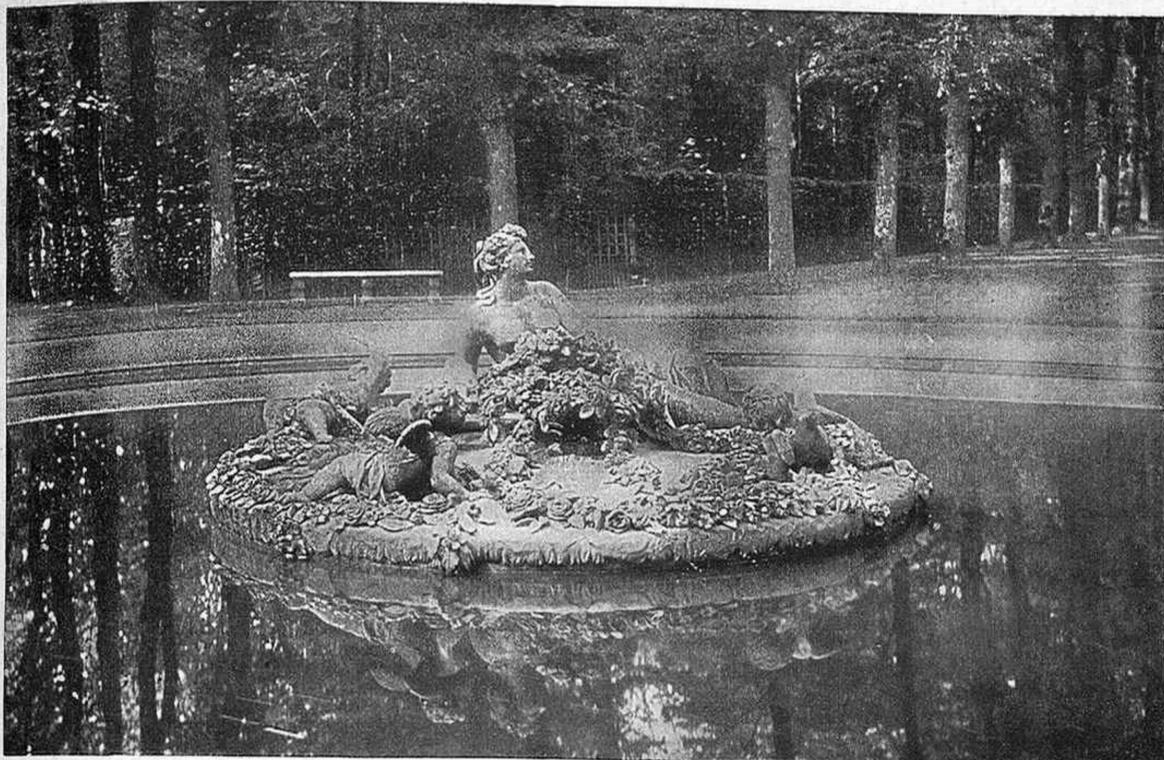
la afición á tales experiencias habrá pasado, y que para lo futuro nos contentaremos con la respetuosa conservación de las obras maestras que ha perdonado el tiempo.

Otras dos grandes fuentes decorativas se mandaron construir al mismo tiempo que la del *Dragón*, y se colocaron en el centro de los jardines, en el eje del punto de vista desde el castillo al gran canal, que á la vez se estaba abriendo. Estas obras ornamentales debían señalar las dos extremidades de la Avenida Real, y aún se pueden ver: la una se llama *Latona* y la otra *Apolo*. Esta última, con su magnífico grupo de plomo — irreverentemente conocido hoy bajo el nombre de *Carro encenagado*, — se halla lo mismo que estaba antes. En un principio se llamó *Fuente de los Cisnes*, por haberse puesto en ella muchas de estas aves, compradas por Colbert y recibidas de Dinamarca. En 1663, según nos dice la señorita Scudery, «había una infinidad de diminutos chorros de agua que, combinados, formaban una corriente de extraordinaria altura y volumen.» Poco después se encargó el grupo decorativo á un escultor romano establecido en Francia, un tal J. B. Tubi, que luego fué uno de los más notables adornistas de Versailles. El 5 de febrero de 1669 recibió la primera paga «por la fuente decorativa que representaba el sol saliente,» y el año después completó el dios, el carro y los caballos, que fueron transportados por cincuenta *descargadores de piedra al puerto de París*, desde la capital á Sevre por agua, y después en vagones á Versailles. Al poco tiempo se agregaron las ruedas y los tritones, y el artista recibió en totalidad 15.000 libras por su obra colosal.

La ornamentación de la fuente de Apolo fué como la de las demás de la época, y se hizo con lo que por conveniencia se llamó plomo, pero que en realidad era un material

particular, llamado simplemente metal en los documentos contemporáneos, y que consistía en una mezcla de plomo y estaño. En las antiguas descripciones se habla con frecuencia de «bronce dorado,» pero esto era tan sólo una *manera de hablar*. Las estatuas estaban revestidas con frecuencia de una capa de pintura bronceada; las figuras de Tubi se pintaron de este modo después de su erección, y ya no se necesitó el dorado.

La ornamentación de la *fuente de Latona*, según vemos hoy, pertenece, sin la menor duda, al período de Luis XIV. Los hermanos Marsy recibieron su encargo simultáneamente con el de Tubi para el *Apolo*, y los escultores rivales terminaron su obra al



VERSAILLES. - LA FUENTE DE FLORA

mismo tiempo. En el transcurso de sus amistosas relaciones con los artistas del día, La Fontaine vió el modelo de Marsy en su taller y le describió en unos versos exagerados.

Cuando en 24 de diciembre de 1670 los Marsys recibieron sus honorarios completos de 5.000 libras, la fuente adornada con sus estatuas estaba exactamente como se la representa en los antiguos grabados. El grupo de *Latona* se halla situado en una roca, pero se eleva ligeramente sobre el nivel del pilón y está circuido de cañas. En estos últimos años se ha hecho una tentativa para reproducir por medio del *oro industrial* el antiguo efecto obtenido primitivamente por la simple pintura.

La *Avenida del Agua* fué un decorado de nueva especie, debido á la imaginación de Claudio Perrault, el doctor arquitecto, hermano del autor de los *Cuentos fantásticos de las mujeres famosas*. Los grupos se colocaron en posición en la primavera de 1670, y muy pronto se adornaron las dos grandes fuentes. La *Avenida* se flanqueó de pinos y de un centenar de tiestos de cobre que contenían abetos. Los grupos de niños colocados de dos en dos de tal manera que no fuesen monótonos á la vista exigían muchos bosquejos preliminares, y entre los papeles de los grandes artistas se encuentran numerosas «ideas» que tratan el asunto de diversos modos. El rey eligió el dibujo que más felizmente indicaba la soltura de las formas juveniles y la gracia de sus diversas actitudes. Los grupos se repartieron entre Le Gras, Lerambert y Le Hongre; confiándose á este último y á Benito Massou los frutos y las flores. Todo cuanto nos queda de ese decorado es la serie de siete láminas de la *Avenida del Agua*, grabadas por Le Pautre en 1672 de orden del rey.

Las deliciosas obras en que se ostentan las gracias de la niñez con tanta viveza, tienen una curiosa y complicada historia. En primer lugar, su número aumentó pronto cuando se reformaron las grandes arboledas laterales y se comunicó á la *Avenida del Agua* una forma semicircular. Le Gros, Massou y Mazeline fueron llamados á fin de que dieran modelos para las dos nuevas series de cuatro grupos. Los primeros pagos á los escultores por esta obra se efectuaron en mayo de 1678. Todos los grupos de la parte baja de la *Avenida* parecen ser inferiores á las más antiguas figuras; pero lo que las cuentas revelan claramente es que ni en la primera ni en la segunda serie son las obras originales. Éstas se hicieron en metal - amalgama de plomo y estaño - y se pintaban de vez en cuando, como ya hemos visto, de modo que figurasen el bronce

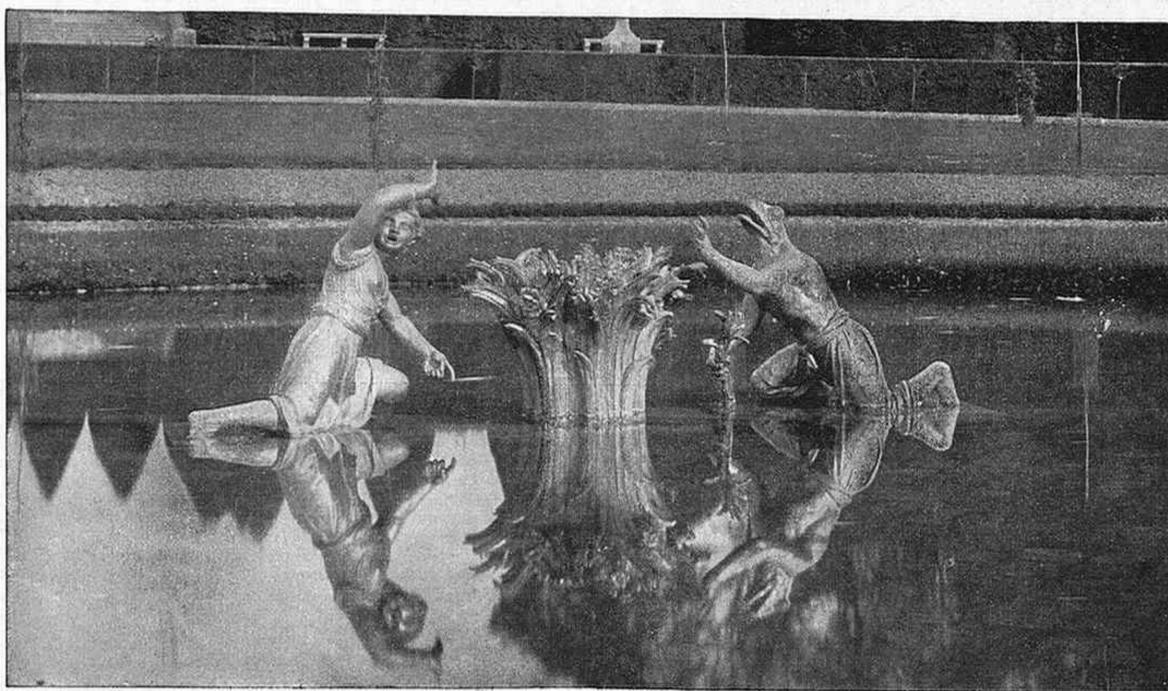
dorado: los plintos y los pilones eran del mismo material, pintados de color de bronce. Hasta un periodo más moderno, cuando se introdujo este metal verdadero en Versailles en los famosos modelados del *Parterre de Agua*, los documentos no contienen nada que excite nuestra curiosidad. Pero esos moldes é impresiones en cera de la *Avenida del Dragón* y de la *Avenida del Agua*, que se hicieron en 1684 por los escultores-fundidores Varin y Langlois, y esos modelos de grupos de niños reformados por Melo, el escultor, con arcilla y cera para la *Avenida de la Pirámide*, fueron preparados para hacer un molde de las antiguas figuras de plomo, que evidentemente se debían reemplazar. Esto se indica además, según creo, por las sumas pagadas de vez en cuando á Varin, Meunier y Lanolois á cuenta de los grupos de niños que vaciaron en bronce para la *Avenida de las Cascadas*.

En el otoño de 1688 encontramos los antiguos grupos á lo largo de la *Avenida*, reemplazados por reproducciones en bronce; mientras que los pilones de metal se habían substituído por otros de mármol, cambiándose los plintos de igual modo. El mármol empleado era de esa fina variedad roja del Languedoc que tanto agradaba á Luis XIV, y ya no hubo necesidad de flores y frutos, porque la belleza del material bastó para las veintidós últimas fuentes.

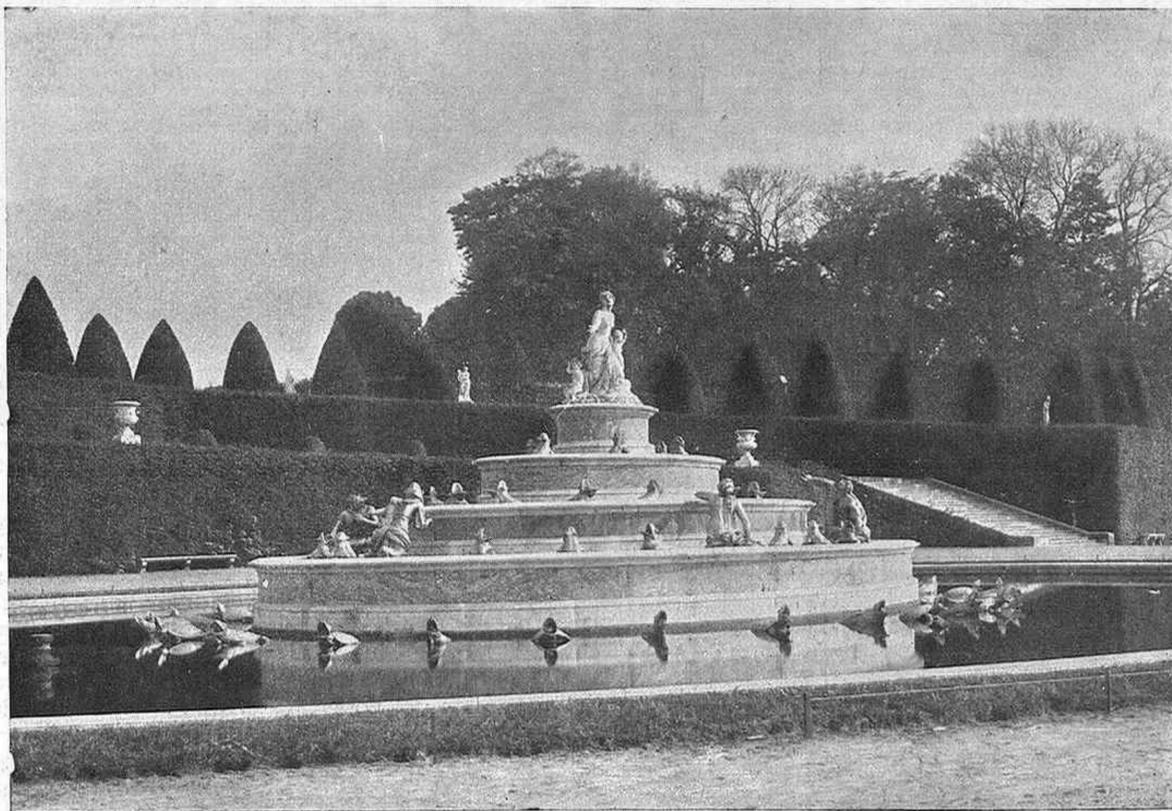
Los trabajos de 1688 se modelaron sobre los de 1668 y 1678, notándose en cada década una transformación sucesiva de la deliciosa *Avenida del Agua*. No se podría encontrar prueba más evidente de la continuidad de los trabajos encargados por el rey para el adorno de su dominio. Debe notarse además, en justificación del buen gusto del siglo XVII, que á excepción de los niños colo-

cados en las esfinges de Lambert, que se doraron en 1670 y se volvieron á dejar como estaban en 1685, no se aplicó ya el dorado á ninguno de los finos bronceos existentes ahora en Versailles. Esto se hizo solamente con el plomo, único material que lo requería, y no se hizo ya tentativa alguna para comunicar una falsa apariencia al bronce, el más noble de los metales.

Los grandes fragmentos colocados cerca de los grupos de Le Gras, Le Hongre y Lerambert se confiaron á un artista más consumado aún - y tal vez el más notable de los escultores de Versailles - Francisco Girardon. Se tardó mucho tiempo en erigir la *Pirámide*, á causa de la multipli-



VERSAILLES. - FUENTE DE LA TERRAZA DE LATONA



VERSAILLES. - FUENTE DE LATONA



dad de sus adornos, y Girardon trabajaba aún en ella en 1672. El gran bajo relieve de la *Fuente de las Ninfas*, algunas veces llamado *El baño de Diana*, se terminó en 1670. Carlos Perrault atribuye el dibujo á su hermano. M. Girardon, observa, agregó nuevas bellezas á las que ya contenía el proyecto. Ese bajo relieve es tal vez el mejor que se ha producido hasta aquí, y una de las más nobles obras que pueden verse en los jardines. Dicho bajo relieve y los otros detalles del pilón se doraron completamente; y en cuanto á la pirámide que coronó el conjunto, se nota una mezcla de efectos en que el dorado se limita á las figuras, mientras que los adornos son de bronce. El pintor dorador Bailly recibió en 1671 mil cuatrocientas libras «por cuenta del dorado y bronceado que se aplicó á la *Fuente de la Pirámide*.» No siempre es fácil penetrar el significado exacto de notas como esta; pero son interesantes para la historia de los jardines y de su decorado.

Elogios merece seguramente Le Brun como inventor del asunto general de la *Fuente de la Pirámide*; pero debe añadirse que Girardon interpretó las ideas del pintor con la mayor fidelidad. Su obra, recientemente restaurada, conserva su lugar sobre la *Avenida del Agua*, con sus cuatro pilones sobrepuestos, el más alto de los cuales se apoya en cuatro cangrejos, mientras el segundo está sostenido por otros tantos delfines, el tercero por cuatro tritones y el cuarto por tritones también, pero más grandes, que parecen estar nadando en el gran lago que forma la fuente.

En las partes inferiores de los jardines se erigieron las *Cuatro Estaciones*. Durante el 1672 se presentaron los dibujos, y Colbert distribuyó la obra entre los cuatro principales escultores de aquella época. Tubi se encargó de la Primavera (Flora); Regnaudin, del Verano (Ceres); G. Marsy, del Otoño (Baco); y Girardon, del Invierno (Saturno). En torno de las principales figuras se pusieron grupos de niños y otros accesorios en forma de guirnalda de flores que debían desaparecer pronto.

Hoy día quedan tan sólo dos de esos grupos, que á pesar de su reparación moderna son aún encantadores. *Saturno* y *Baco* se conservan intactos, y confío en que seguirán así; el tiempo los ha revestido de una delicada capa en la cual se distinguen señales del dorado de otros días. Están en una parte remota del parque; y allí, lejos de la multitud, se ve con frecuencia á sus admiradores contemplando las figuras con el mayor respeto. Su buena calidad es evidente, y no necesitan ningún realce de la fugitiva animación de las aguas.

PEDRO DE NOLHAC.

POLÍTICA Y CORTESÍA

(CUENTO)

Pues, señor..., aunque, en algunas ocasiones, ocurre que expresen lo mismo las palabras *política* y *cortesía*, acontece con más frecuencia que los men-

cionados vocablos representen ideas distintas y aun incompatibles.

Dígalo, si no, lo sucedido á los famosos *Savijú* y *Juvisá*, ambos políticos entusiastas, aunque de opi-

para dársela al otro; de suerte que los buenos y honradísimos vecinos de... X (digo yo que serían honradísimos y muy buenos, porque en conciencia sólo puedo responder de que eran muy brutos), de Savijú y de Juvisá no salían.

Que estos dos caciques, llamémoslos así, se odiaban á muerte, huelga decirlo, y que en los períodos de sus respectivos mandos se hacían uno á otro todo el daño posible y viceversa, lo comprenden cuantos saben lo que es la política en las poblaciones chicas; infección de que no pueden formar ni la idea más remota los que viven en la corte; ni casi casi los que residen habitualmente en capitales de provincias de alguna importancia.

En odio á Juvisá, Savijú extremaba su liberalismo, que en la práctica se reducía á mortificar, por todos los medios posibles, á su adversario. Este, á su vez, cuando tenía la sartén por el mango, pensaba solamente en causar molestias y perjudicar en los intereses á Savijú y á todos los pícaros *negros* y *flamasones* que como Savijú pensaban.

Y esto parecía perfectamente justo y muy natural á los vecinos de X, hombres en cuyas menguadas mulleras no cabía más elevado concepto de la política, y que por eso mismo alardeaban, en cuanto á los asuntos políticos se refería, de la más feroz intransigencia.

Precisamente la susodicha intransigencia fué origen de murmuraciones que principiaron en el pueblo pocos días después de haber hecho su viaje á la capital de la provincia, llamados por el gobernador para asuntos electorales, los caciques de X.

Con el viaje de éstos coincidió el de un su convecino, al cual nadie había llamado, pero que *pasó* á la ciudad, según él dijo, para *negocios propios*; si bien no faltó quien afirmase que el tal, muy amigo de oler donde guisaban y perteneciente al linaje de los que, como dice el vulgo, por meterse en todo se meten hasta en los charcos, se trasladó á la capital con el solo propósito de averiguar, para referirlo y comentarlo después en la tertulia del casino (?), lo que Juvisá y Savijú habían tratado con la autoridad superior de la provincia.

Nada averiguó de esto, dicho sea en honra de la discreción de los caciques rivales; pero sorprendió, en cambio, un secreto, cuya revelación produjo explosiones de ira entre las *masas* intransigentes de X. — El vecino curioso contó á sus contertulios,

poseído de santa indignación, que Savijú — ¡crimen horrendo é imperdonable! — se quitaba el sombrero al pasar por delante de las iglesias; acto punible de hipocresía que no realizaba nunca en el pueblo, donde se las echaba siempre de librepensador y de ateo y de iconoclasta, de enemigo declarado, en fin, del clero y del culto; de todos los cultos y de todos los cleros.

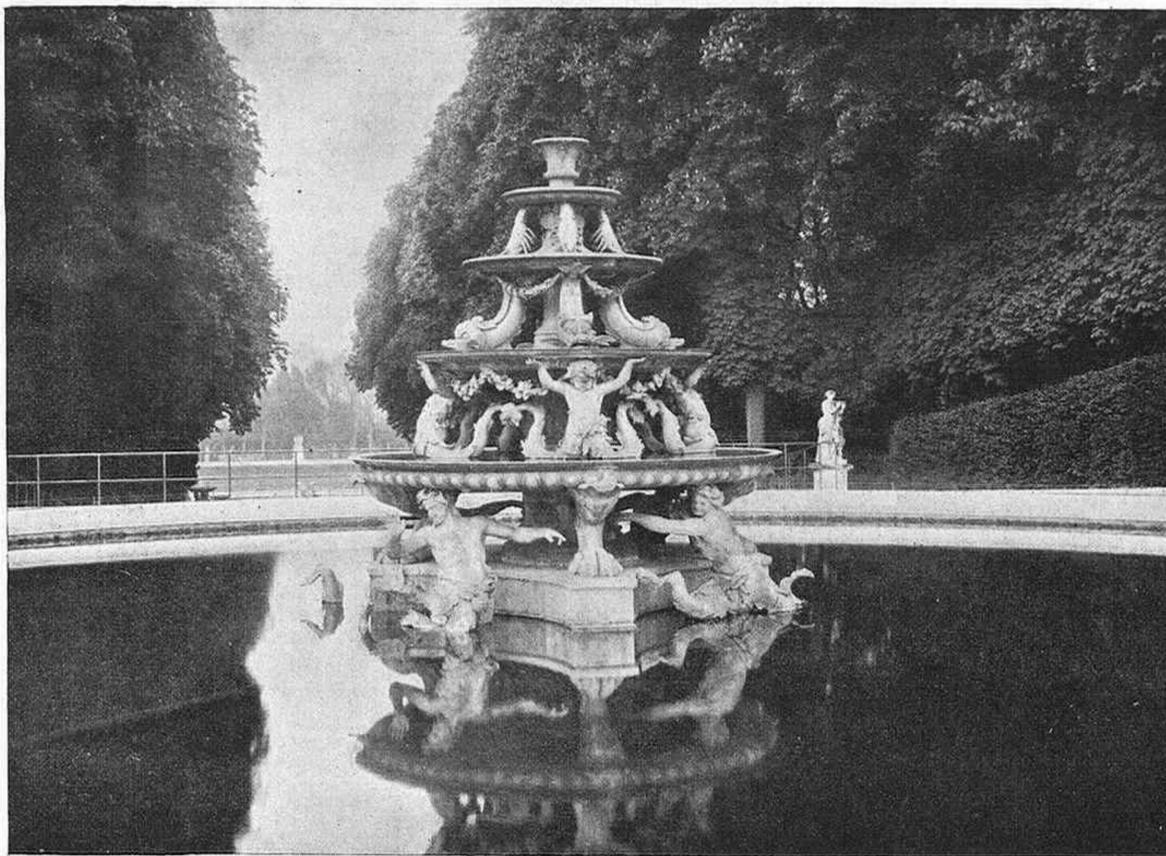
«Ese hombre, gritaba el acusador (que, entre paréntesis, pretendía reemplazar al acusado en la jefatura de los demócratas de X); ese hombre, repito, es un hipócrita, un clerical disfrazado; aquí, para embaucarnos, practica el odio al cura, y allí, en la ciudad, halaga al jesuitismo quitándose el sombrero al



VERSAILLES. — LA FUENTE DE CERES

niones diametralmente opuestas, y que probaron muchos sinsabores por ser demasiado corteses.

Si bien obedeciendo casi instintivamente á la antigua costumbre de adjetivar — costumbre adquirida en larga práctica del periodismo al uso — he calificado de *famosos* á Savijú y á Juvisá, de quienes es posible, y aun muy probable, y... hasta seguro que el lector no tenga noticia alguna, no me parece ocioso



VERSAILLES. — FUENTE DE LA PIRÁMIDE

advertir que la fama de esos dos personajes no rebasó nunca los límites del término municipal de... X; un pueblo de escaso vecindario y de cuyo nombre me acuerdo perfectamente, aunque lo callo porque así conviene á los interesados. Había entonces en el pueblo á que aludo (y creo que los habrá todavía) dos partidos políticos que turnaban pacíficamente en la posesión del poder; poder que era allí la alcaldía, acompañada, como es natural, por los demás cargos del cabildo. Savijú era liberal; Juvisá, reaccionario. Cuando en Madrid triunfaban los demócratas, el pueblo desposeía de la vara á Juvisá para dársela á Savijú; cuando gobernaban en Madrid los conservadores, se le quitaba la presidencia del concejo á éste

poseído de santa indignación, que Savijú — ¡crimen horrendo é imperdonable! — se quitaba el sombrero al pasar por delante de las iglesias; acto punible de hipocresía que no realizaba nunca en el pueblo, donde se las echaba siempre de librepensador y de ateo y de iconoclasta, de enemigo declarado, en fin, del clero y del culto; de todos los cultos y de todos los cleros.

«Ese hombre, gritaba el acusador (que, entre paréntesis, pretendía reemplazar al acusado en la jefatura de los demócratas de X); ese hombre, repito, es un hipócrita, un clerical disfrazado; aquí, para embaucarnos, practica el odio al cura, y allí, en la ciudad, halaga al jesuitismo quitándose el sombrero al

pasar por delante de las iglesias; y hasta es muy capaz de oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, aunque esto no he podido saberlo con certeza; pues como comprenderéis, yo, republicano de corazón, liberal de veras y demócrata hasta el redañón, no podía penetrar en la iglesia para nada, ni aun para desenmascarar á ese farsante, que en su pueblo tiene una cara y en la ciudad otra completamente distinta.»

Lo que del cacique liberal contaba su convecino y émulo, cundió de boca en boca y llegó á crear contra el *leader* de los republicanos de la localidad corrientes de opinión que lo desconcertaron al regreso.

Y algo muy parecido se originó contra el otro cacique reaccionario, al cual una beata que gozaba de gran prestigio entre las comadres de la aldea, acusaba, á fe de católica-apostólica-romana á macha martillo, de haber saludado muy afectuosamente y con gran rendimiento al anticristo, al condenado, al herejote de Savijú, con quien ningún fiel cristiano cambiaba en el pueblo su saludo.

La calumnia, ese *venticello* cuyos estragos describe cantando el *Don Basilio* de Rosini, se abrió camino pronto.

No habían transcurrido muchos meses después de aquel viaje á la capital, cuando sobreexcitados, en el ardor de la polémica, los rencores de unos y de otros, los caciques de X seguían siendo caciques, ¿cómo no?, pero habían cambiado de *cacicatos*.

El antes liberal dirigió á los reaccionarios, y el antes reaccionario se había puesto al frente de los liberales. Y el pueblo X, por supuesto, continuaba sin salir del despotismo, no muy ilustrado, de Juvisá y de Savijú, que seguían *alternando* en la agradable y provechosa tarea de ser los amos del cotarro.

Lo mejor del caso, si puede haber en casos tales algo mejor, fué que las murmuraciones y los chismes de vecindad que habían dado por resultado aquel trueque, no tenían más fundamento que un *quid pro quo* de esos que sirven de fundamento y base á casi todos los juguetillos cómicos tan abundantes en nuestro floreciente teatro chico.

Savijú y Juvisá, enemigos irreconciliables en su pueblo, continuaron siéndolo en la ciudad; ni en X se saludaban, ni en la capital se hablaron una vez sola.

Pero el uno y el otro eran cortos de vista y ambos también extraordinariamente finos y atentos.

Ocurrió cierto día que pasando Savijú por delante de una iglesia de la ciudad, se descubrió respetuosamente, según antigua y jamás olvidada costumbre de devotos. En aquel momento acertó á pasar por allí mismo Juvisá; éste no conoció á su adversario, mejor dicho, á su enemigo: vió solamente que un caballero se descubría al pasar, y creyendo que aquel caballero lo saludaba, correspondió cortésmente al saludo quitándose á su vez el sombrero.

Por la acera de enfrente pasaron en aquel momento el murmurador y la beata. Ésta no vió, ó no quiso ver, que Juvisá rendía homenaje al templo y sólo vió que saludaba al hereje; el murmurador no pensó en que Savijú podría saludar á un amigo, y solamente levantó acta de que se descubría ante el templo; lo cual, para un intransigente como él, era imperdonable.

Y véase cómo liberales y reaccionarios del pueblo cambiaron de jefes, aunque no de situación ni de enfermedad, porque los caciques proclamados quisieron cumplir los que estimaban deberes de cortesía.

De donde se deduce que la política y la cortesía están en pugna muchas veces.

Quod erat demonstrandum, como decían los geómetras cuando se explicaba en latín la Geometría.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

CUENTOS PROVINCIAOS

EL PRIMER CASO DE OFICIO

I

Lo arregló todo en un periquete. El baúl, la maleta, un cajón de libros, las sombrereras y el *plaid*, quedaron en el cuarto de la fonda, y Pepito Alvarez, hecho todo un señor juez de instrucción, salió á dar una vuelta, á hacer tiempo, hasta la salida del expreso de Andalucía.

Viaje redondo: llegar de Granada, estar cuatro días en Madrid, gastar una bicoca y llevarse la credencial de juez para uno de los mejores pueblos de

Sevilla. «¡Qué poquitos podrán decir lo que yo!» iba pensando el flamante juez, calle de Alcalá abajo, en dirección á Recoletos.

De pronto, ¡pataplún!..., Arturo González, el inseparable compañero de las Escuelas Pías, el hermano de *ella*...

- Pero, hombre, ¿tú en Madrid?

- Pues y tú... Digo. ¡Cuánto me alegro!



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de J. Brull

- ¡Qué casualidad! Encontrarnos así, de buenas á primeras...

Entraron en un café. Tenían que decirse muchas cosas, *la mar* de cosas; pero ya sentados, algo les pasaría cuando no hablaron ni una palabra en un buen rato. Todo era mirarse y remirarse y dale y tor-na; pero hablar, ni á tiros.

Al fin el juez dijo:

- Empieza tú.

Y el otro, tras suspirar hondamente, largamente, como quien se dispone á quitarse un gran peso de encima, comenzó el relato de su odisea en Madrid.

Había venido solo, dejando á su única hermana con unos tíos, que la recogieron más por provecho que por caridad. Los primeros días madrileños fueron apretados, durillos; el pobre luchaba como un titán, sin otras miras que arrancar á la hermana de las garras de los parientes. ¡Pero sí, sí! Valiente caso hace Madrid de los luchadores. Meses y meses pasó entre ayunos y pobrerías, hasta que quiso Dios repararle un destínulo. Trabajando como un negro, subió, subió. Iba á llegar el respiro deseado; y cuando estaba echando cuentas galanas sobre el porvenir, le anuncian de allá la más negra: su pobre hermana se había vuelto loca.

Al oír esto, el juez dió una brusca sacudida.

- ¿Ella? ¿Ella loca?, gritó con toda su alma.

- Sí. Tú también la querías. Casi tanto como yo.

Quizás...

- Más que tú, más que nadie. Bien lo sabe Dios.

Callaron. Arturo miraba al juez con cariño, como se mira á quien comparte el dolor con uno. Vió como al recuerdo de su infeliz hermana, aquel hombre se había puesto mortal, blanco como el papel; le notó en los ojos el brillo de las lágrimas, y entre suspiros, como si estuviera rezando, le oyó decir:

- ¡Mi última esperanza! Ya ni eso...

II

Habían sido novios dos años. Pero ella, aun siendo bonísima, que era una santa, no le quería con pasión, no se entusiasma por él; era el amor suyo reglamentado, derecho, sencillote, sin grandes sufrimientos, sin alegrías de fuera de quicio. En cambio

él tomó la cosa tan á pechos, que si sus padres no le envían á estudiar, la entrega, se muere.

Así las cosas, al volver Pepito de sus estudios se halló chasqueado; los González se habían ido á otra parte con la música y no se supo pelo ni hueso de ellos.

Él tanteó por aquí y por allá, hizo muchas cábalas, escribió las cartas por docenas, pero no sacó nada en limpio.

Se desesperó. Y entre matarse ó hacer unas oposiciones de las que meten ruido, se decidió por esto; estudió si había qué, sacó uno de los primeros números, y á los dos años vino á Madrid por su credencial de juez de entrada.

Pero ni entonces, ni ahora, ni nunca, dejó de pensar en ella; tenía el amor metido hasta los tuétanos, y la esperanza tan firme, que creía á puño cerrado en encontrarla, infundirle un amor desatentado y frenético, casarse con ella, ser los dos muy felices... Como en los cuentos de Perrault.

Y ahora le daban el notición aquel.

¡Ella, local! ¡Pero Dios mío de mi alma!.

Preguntó muchas cosas, habló por los codos, amenazó á lo temporal y á lo eterno, se puso hecho una furia.

Arturo se apresuró á decir que no estaba loca para encerrarla ni mucho menos; pero que era una pena muy grande, muy grande.

Le daba por temporadas; muchas veces se pasaba los meses enteros como los demás que no están locos; viviendo en la huerta de su tío, frente á la estación, haciendo sus faenas en la casa; en fin, que no se le notaba ni la menor señal.

Y á lo mejor, sin saber por qué - ni los médicos más afamados lo averiguaron nunca, - á lo mejor le empezaba una risita, una risita... Y luego se ponía á gritar: «¡Canalla! ¿Por qué la has matado, siendo su padre? ¡Hija de mi vida!...» Y se tiraba al suelo, dándose cabezadas contra las losas hasta que le entraba la convulsión.

Y añadía Arturo sollozando:

- Ya ves... ¡Hablar de *su hija* la infeliz! Y es soltera y es una santa... Ya ves cómo tendrá el juicio cuando le da *eso*...

- *Eso*..., repitió el juez moviendo la cabeza de arriba abajo.

III

Aunque el expreso pasa por Villarrubia ya bien entrada la noche, en la estación había mucha gente esperando al juez nuevo. El alcalde, el juez municipal, el registrador, varios ricachones con juicios pendientes y muchos de los señoritos desocupados del Casino.

Además, con el achaque de dar un paseo, algunas niñas casaderas habían acudido, y paseaban por el andén cuchicheando y haciendo conjeturas acerca del juez que iba á llegar y de quien se sabía por anticipado que era soltero.

«¿Será moreno, será rubio, tendrá barba, no la tendrá, será un orgulloso, será muy llano?» ¡Qué sé yo las cosas que se les ocurrían á las muchachas!

Luego, entre la gente de la estación, había cierto ir y venir desacostumbrado. Las mujeres del jefe, del telegrafista, de los mozos, entraban y salían; unas con faldadas de jazmines y de dompedros; otras con vasos de refresco de almendra, y todas enlutadas y cariacontencidas, como si estuvieran de velorio.

A la guardesa se le había muerto la chiquilla aquella misma tarde, y los preparativos y el trajín eran por eso.

Había que acudir á la pobre mujer y consolarla; que no se dijera que por ser una pobretona no le tenían caridad.

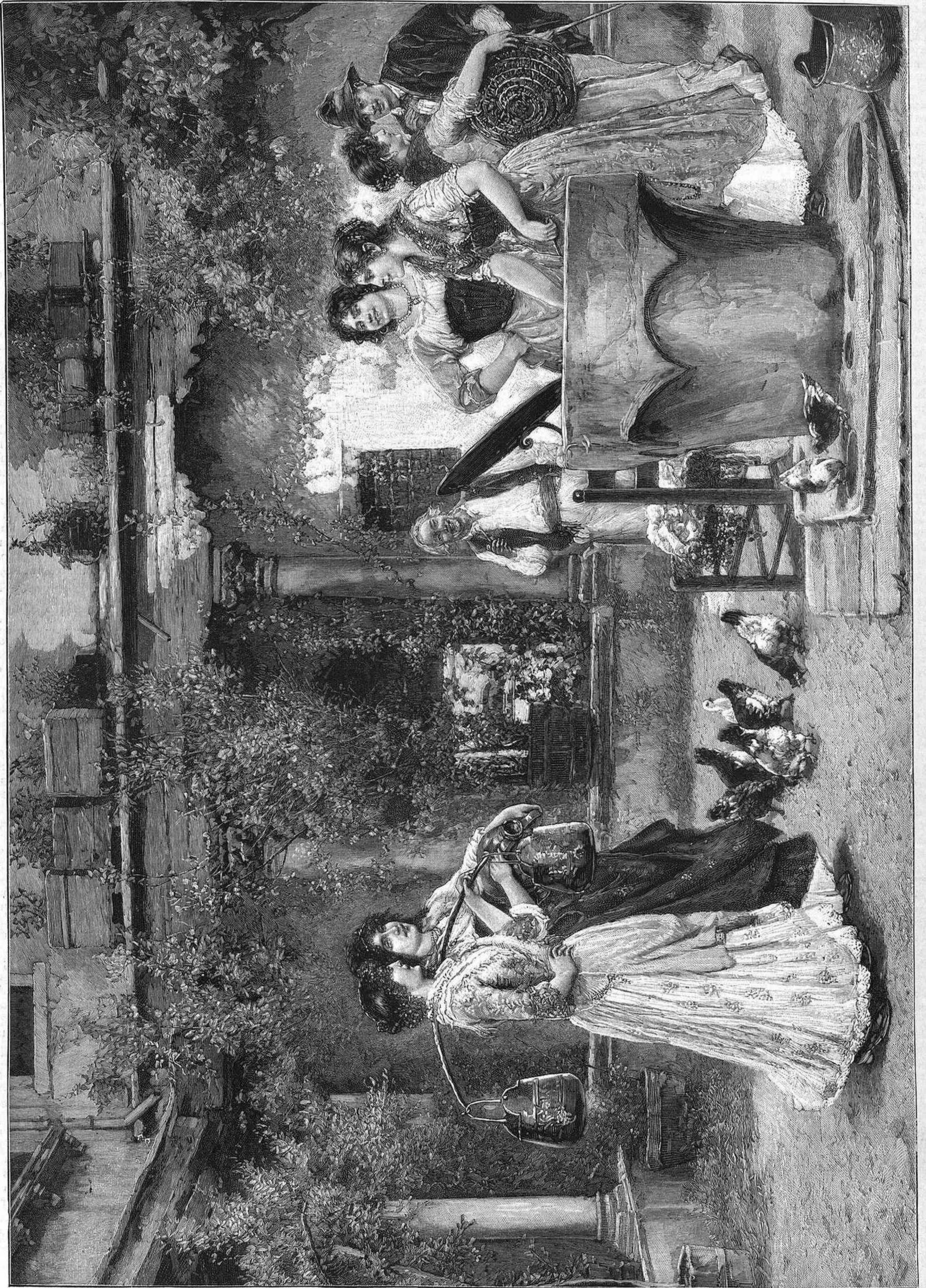
En esto, ¡píiii, píiii!, el expreso, que llegaba como una exhalación. Se agruparon todos, bajó el juez nuevo y comenzaron las presentaciones y los saludos.

Ya había partido el tren y la gente disponíase á montar en los coches con dirección al pueblo, cuando á lo lejos oyéronse gritos de socorro. Todos volvieron la cara y vieron venir á un hombre con una linterna en la mano, que corría á todo correr vía adelante.

Era el guardaaguas. Llegó con cara de muerto, pajizo, sudando y con un temblor que se le notaba á la legua.

Contó como Dios le dió á entender lo ocurrido.

Los de la huerta de enfrente habían ido á ayudar á su mujer en la mortaja de la chiquilla, y ya anochecido se fueron, quedando en volver en cuanto cenaran. Una señorita los estaba esperando del lado



UN PATIO DE VENEZIA, cuadro de A. Salinas



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

HILANDERAS DE STRALSUND, cuadro de Juan Bartels

Juan Bartels 88.

allá y habló con ellos y se fueron. Él no volvió á acordarse, pues hartó tenía sobre sí con la muerte de su hija. Pero sintió que llegaba el expreso, sacó la bandereta y vió que de la huerta salía la señorita con un velón y un manojo de flores. Le hizo señal; pero ella, como si no, siguió andando hasta ponerse en la vía. Luego dió unos gritos horribles: «¡Canalla! ¿Por qué la has matado, siendo su padre? Mírala... Muerta... La voy á enterrar...»

Y se le echó encima el tren. Cuando acudió estaba hecha cisco.

Y lo estaba. Vía adelante caminaron todos, el juez á la cabeza, alumbrados por el farolillo del guarda. Tendida entre los rieles, el vestido hecho jirones, el velón á un lado, las flores manchadas de sangre y con mechones de pelo aplastados... El cuerpo estaba, ¿pero y la cabeza?

Fueron de aquí para allá busca que te busca, en medio de aquel silencio de panteón, sin que ninguno hablara, sin que entre la obscuridad de la noche se viera más que aquella lucecilla temblorosa y fúnebre que daba la linterna del guardaagujas.

— Aquí, dijo uno.

Llegaron. Entre unos pedazos de carbón vieron la cabeza hermosísima de una mujer, cortada á cercén casi, sin más que algunos ligamentos cervicales que chorreaban sangre roja.

Tenía los ojos en blanco, la boca abierta y asomando unos dientes blancos y chiquitines, cerrados por la convulsión.

Todos dijeron:

— ¡La loca! ¡La loca!

Todos menos el juez que, inclinándose, cogió aquella cabeza hermosísima y dió á correr vía adelante, desapareciendo en las sombras de la noche...

CRISTÓBAL DE CASTRO.

NUESTROS GRABADOS

Estudio, dibujo original de J. Miralles Darmanin.—No es Miralles Darmanin un artista novel, puesto que hace ya algunos años que logró singularizarse, conquistando merecido renombre. Establecido en la vecina nación, adonde le condujo el deseo de estudiar los cánones modernos, no tardó en dar muestras de su indiscutible valía, obteniendo señalados triunfos. Nuestros lectores han tenido ocasión de apreciar sus conocimientos en las reproducciones de algunas de sus obras. De ahí que hoy nos limitemos á llamar su atención respecto del notable estudio que reproducimos en esta página, digno del buen nombre del distinguido artista valenciano.

San Bartolomé, cuadro de José Ribera, el «Españoleto.»—Ribera se cuenta entre los más célebres maestros de la pintura española y figura merecidamente como el primer pintor naturalista de la que se llamó escuela de Nápoles, en donde hizo sus principales estudios y en donde falleció en 1656. Su género de pintura predilecto fué la reproducción de los grandes efectos dramáticos y de los horribles estragos del tiempo y del dolor físico. Admirador entusiasta de las obras de Caravaggio y prendado de los efectos de su claroscuro, no tardó en olvidar lo que aprendiera estudiando á Rafael, á los Carracci y á Correggio, para consagrarse en cuerpo y alma á seguir las huellas de aquél, consiguiendo al fin sobrepasar á su maestro. Mas aunque se ejerció con preferencia en los asuntos terribles, demostrando una asombrosa habilidad para acentuar todos los pormenores que acusan la decrepitud y el sufrimiento, también supo á veces mostrarse poético y apacible, como lo demuestran sus lienzos sobre temas mitológicos y bíblicos, en los cuales derramó tesoros de gracia y gentileza, y algunas de sus *Concepciones*, especialmente la que pintó para la iglesia de los Agustinos de Salamanca por encargo de su protector el conde de Monterrey, que son de una belleza incomparable. Sus cuadros ocupan sitio de honor en los principales museos del mundo, y el San Bartolomé que reproducimos y que se conserva en el del Prado de Madrid, es una de sus obras maestras.

Cabeza de estudio, cuadro de J. Brull.—Esta obra es una nueva prueba del talento y de las aptitudes artísticas del notable pintor catalán que tantas veces hemos encomiado en las columnas de este periódico. En medio de lo abocetado del busto de la linda niña, flota en la pintura un ambiente tal de verdad y de expresión, que el que la contempla ve surgir y destacarse las líneas y los contornos, cual si el artista las hubiese trazado con prolija minuciosidad. Brull pertenece á la escuela

impresionista; traslada al lienzo lo que ve y lo que siente tal como lo siente y lo ve, sin preocuparse del efecto que pueda producir; y el efecto, como sucede cuando el autor es sincero y maneja hábilmente los recursos técnicos, se produce por sí solo, comunicándose al espectador la impresión que el autor ha reci-



ESTUDIO, dibujo original de J. Miralles Darmanin

bido y haciéndole experimentar la misma emoción que el artista experimentó. Brull es joven y entusiasta por el arte, sabe buscar acertadamente los asuntos en que ha de inspirarse y maneja el pincel y el color con gran perfección; no es, pues, aventurado pronosticarle un hermoso porvenir en la carrera que tan brillantemente comenzó y que con tanto éxito cultiva.

Un patio de Venecia, cuadro de A. Salinas.—Los viajeros que visitan alguna ciudad, fijanse por regla general únicamente en sus monumentos, paseos, plazas, jardines, teatros, en una palabra, en las exterioridades de la misma, y no se preocupan de conocer su vida íntima, las costumbres de la población, las bellezas que no aparecen á primera vista, lo que constituye su parte interna. No así los artistas; éstos, sin despreciar, ni mucho menos, lo que á la generalidad de los mortales cautiva, ahondan en la existencia de las poblaciones, procuran encontrar lo que la mirada del simple curioso no descubre, y empapándose en el modo de ser de las gentes que estudia, ejecuta su obra artística con los elementos que su talento de observación y asimilación aportó á su espíritu, dando preferencia á lo menos conocido; y si alguna vez utiliza lo que á los ojos de todos se ostenta, es sólo haciéndolo servir de fondo ó marco de su composición. Ejemplo de ello es el bellísimo cuadro de Salinas; muchos son los que conocen Venecia, los que han recorrido sus típicos canales y lagunas, visitado sus hermosos palacios y admirado sus templos y museos; pero pocos los que han penetrado, por decirlo así, en el alma de aquella ciudad, escudriñando sus interesantes rincones y observando las escenas y los tipos que caracterizan el modo de ser de un pueblo. El celebrado pintor español, en cambio, ha prescindido de lo que constituye la Venecia por fuera para presentarnos uno de esos rincones y una de esas escenas de la Venecia por dentro, y componer uno de esos lienzos que cautivan tanto por el interés que, en medio de su sencillez tiene el asunto, cuanto por la belleza de los elementos de que ha echado mano para darle forma.

Hilanderas de Stralsund, cuadro de Juan Bartels.—En el número 977 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos varios cuadros y dibujos de este notable pintor alemán y un juicio acerca del artista y de sus principales obras. No hemos, pues, de repetir hoy lo que hace tan poco tiempo dijimos, y nos limitamos, por consiguiente, á llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas del lienzo *Hilanderas de Stralsund*; lienzo admirablemente compuesto y ejecutado, lleno de luz, de aire y de perspectiva, y cuyas figuras, trazadas con un vigor y una sobriedad magistrales, viven y alientan hasta el punto de producirnos la ilusión de que sus pies se agitan dando vueltas al torno y sus manos se mueven retorciendo el hilo. Otro de los efectos más hermosos de este cuadro es, sin duda alguna, el de ese rayo de sol que se refleja en el suelo al través de los cristales de la amplia ventana. Todo, en una palabra, revela en esta pintura el talento de un verdadero maestro y demuestra la justicia de la celebridad de que su autor goza en su patria y fuera de ella.

La fuente de Cupido, cuadro de Harold Speed.

—El distinguido pintor inglés Harold Speed ha tenido una idea tan feliz como original al desarrollar un asunto mitológico en el fondo bajo una forma eminentemente moderna. Ese conjunto de muchachas de nuestros días que acuden á beber en la fuente de Cupido, de esa divinidad de las antiguas mitologías á la que en todos tiempos se ha rendido culto, es de un efecto encantador. Y si del conjunto pasamos á los detalles, no encontraremos uno solo que no merezca alabanza: las figuras están muy bien trazadas, su agrupación revela habilidad suma, y en todas ellas, así en las actitudes como en las expresiones, campea la mayor naturalidad. La parte decorativa contribuye no poco á la grata impresión que produce el cuadro que nos ocupa.

MISCELÁNEA

Teatros. — Madrid. — Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Cómico *La celosa*, zarzuela en un acto de los Sres. Casero y Larrubiera con música del maestro Brull. Han inaugurado sus temporadas de invierno los teatros de la Comedia y de Parish: en el primero actúa una excelente compañía, de la que forman parte Rosario Pino y Matilde Rodríguez y los señores García Ortega, Rubio, Vallés y Mendiguchía; en el segundo funciona una notable compañía de zarzuela, dirigida por el barítono Sr. Soler y que cuenta entre otros con los aplaudidos artistas Sr. Gurina y Gorgé, y los Sres. Casañas, Figuerola y Gamero.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Rómulo *Trunfos bastos*, pieza en un acto de J. Marxuach, y *Sol matinal*, comedia en un acto de Luis Millá; en el teatro Granvía *La noche de la tempestad*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayoz, música del maestro Jiménez; y en el Eldorado *El gatito negro*, de López Silva y Fernández Shaw, música del maestro Chapí. En Novedades se anuncian para últimos de este mes y principios de noviembre cuatro únicas representaciones de la eminente actriz italiana Leonor Duse.

Neurología. — Han fallecido:

Adolfo Berwin, director de la Real Biblioteca Musical de Santa Cecilia de Roma, á quien se deben las importantes reformas introducidas en la biblioteca de la Academia de Música.

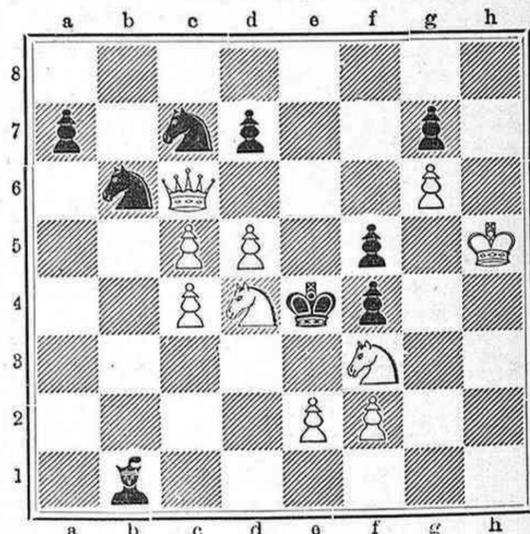
Teodoro Friedl, celebrado escultor austriaco que se distinguió especialmente en el género decorativo.

Sir Guillermo Stokes, uno de los más ilustres cirujanos ingleses, presidente desde 1881 del Real Colegio de Irlanda y presidente de honor que fué de muchos congresos internacionales de Medicina.

Los grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsen-se las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 211, POR M. EHRENSTEIN
NEGRAS (9 piezas)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 210, POR C. CALAPSO

1. Blancas.
1. De e1 - e3
2. C ó D mate.
2. Negras.
1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.



Dadme una prueba, repito; una prueba material, una prueba palpable de mi error.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Entonces brilló una lágrima en los ojos de Jorge y se dibujó en sus labios una melancólica sonrisa.

Carmen se había arrojado á los pies de su hermano murmurando:

— ¡Piedad!..

— ¡Piedad!.. ¿Para quién, hermana mía?, dijo él levantándola del suelo y estrechándola entre sus brazos. ¡Sí!.. Piedad..., perdón... para la culpable, para la desdichada á quien queréis salvar por medio de una sublime mentira.

— ¿Una mentira?.., interrumpieron á un tiempo Roberto y Carmen.

— ¡Piedad para ella!.. Pero ¿puedo abrirle mi corazón que ha destrozado? ¿Puedo compadecerla yo que, por su culpa, estoy condenado á una vida atroz de dolores y lágrimas?..

— ¡Es inocente!.. ¿Oyes, Jorge? ¡Es inocente!..

— ¡Inocente! ¡Oh, no insistáis! ¡Esa mujer es culpable! Mi madre y yo la juzgamos y condenamos. El crimen es innegable.

— Pero cuando te lo decimos, cuando te lo juramos...

— ¿Imagináis que no he comprendido la grandeza de vuestro sacrificio, la sublime delicadeza de vuestra abnegación?

— ¡Jorge!..

— Viéndome tan abatido y desesperado, habéis querido devolverme la paz y el reposo perdidos, aun á costa de vuestro honor. Por desgracia, vuestro heroísmo es inútil. Los hechos os desmienten.

— Te engañas, Jorge, como te engañaste antes.

— ¿Dónde está la prueba de mi error?

— Te lo juro por mi honor de militar.

— Semejante juramento, en tales circunstancias, no es un perjurio, amigo mío. Mentir para salvar á un hermano que ves morir de pena, es obra piadosa. Porque, de veras, yo muero por no poder perdonar ni olvidar.

— ¡Por la memoria de nuestra madre!

— ¡Basta, Carmen! ¡Acusarte á ti, mujer santa y pura..., acusarte de hipócrita, de falsa y de adúltera, por defender á una desdichada y devolver la dicha á tu hermano... ¡Oh, comprendo, adivino tu sacrificio..., pero... no os creo!

— Sin embargo...

— Dadme una prueba, repito; una prueba material, una prueba palpable de mi error.

— ¡Sí!, tal vez, dijo Carmen angustiada.

— ¿Cuál?

— Esa carta de que hablabas esta mañana..., esa carta sin firma que le arrancaste y que te lo reveló todo... ¿La tienes?

— No, hace tiempo que la quemé, á fin de destruir todo vestigio de aquel pasado odioso.

— ¡Quemada!

— Sí..., pero ¿y las otras, las que, según me habéis dicho, tenía Elena que ir á buscar, y que no parecieron?.. ¿Dónde están?

— Se perdieron... Una desgracia...

— ¡Una desgracia!, repitió Jorge sacudiendo dolorosamente la cabeza. ¿Veis como no acertáis á dar siquiera verosimilitud á vuestra fábula? A pesar de vuestros esfuerzos, á pesar de vuestra abnegación, no me convenceréis. No por eso os quiero menos, pero no os creo.

Y como ambos esposos permaneciesen mudos ante aquella obstinación cruel, Jorge continuó con una exaltación sombría:

— ¡Por favor, no volváis á hablarme nunca de ella! No existe para mí. Desde aquel día fatal, todo el mundo la cree muerta. Que todos la olviden, excepto yo, que soy bastante débil para llorarla, para amarla, y que quizá seré bastante vil para otorgarle mi perdón.

— ¡No es perdón, sino justicia lo que pido para ella!, exclamó Carmen.

— ¡La justicia se hizo!

Jorge se había echado en un diván, ocultando entre los almohadones su rostro inundado de lágrimas y haciendo seña con la mano para que le dejasen solo.

Roberto y Carmen salieron, cambiando silenciosamente una mirada de desesperación, de remordimientos y de vergüenza.

Después de esta escena, ninguno de los tres hizo alusión á la profunda herida de que sufrían sus corazones.

Como un fúnebre velo entristecía el castillo, y los días transcurrían en el lúgubre silencio de las mansiones en que ha sobrevenido alguna terrible desgracia.

El otoño era borrascoso aquel año en las costas de la Bretaña.

Jorge era el único que salía, arrojando el mal tiempo.

Andaba todo el día errante por la orilla del mar, hasta que la noche le obligaba á volverse al castillo, acosado por horribles pensamientos, que las palabras de sus hermanos habían despertado en su mente.

Mientras tanto, Carmen y Roberto vivían silenciosos y abismados en la desolación de sus remordimientos.

Temían que Jorge se volviese loco ó se suicidase. Esta idea les tenía sobresaltados.

Se estremecían al pensar que, á causa de ellos, existía una inocente sublime, desesperada, maldita, dudando con razón de la justicia de Dios.

Y que había en el mundo una criatura privada de los cariños maternos, sin padre, sin apoyo, fatalmente destinada á la desgracia, al vicio, tal vez al crimen, por causa de ellos.

Las pruebas de consideración y de respeto que recibían de las gentes, les llenaban de confusión y de vergüenza.

Aquel respeto era usurpado.

Aquella consideración la debían á las lágrimas de una mártir y á la perdición de un niño.

Ellos eran los adúlteros, ellos eran los culpables, ellos eran los que merecían ser expulsados.

¡Cuánto no hubieran dado por recuperar las perdidas cartas de Carmen!

Preciso era empezar desde luego á practicar diligencias á fin de descubrir su paradero, si era posible.

Una vez probada la inocencia de Elena por medio de aquellas cartas, sabrían encontrar á la pobre mártir y á su hijo.

Por conseguirlo estaba Roberto dispuesto á sacrificar su posición, su porvenir, su fortuna y hasta su vida, si era necesario.

Carmen no podía ya vivir pensando en la espantosa desgracia que había causado.

A toda costa quería repararla.

Resolvieron regresar en seguida á París, é hicieron sus preparativos de viaje.

En vísperas de salir de Penhoet, Robertó notó, entre el farrago de su correspondencia, un sobre su-



cio en que sus señas estaban escritas por una mano poco acostumbrada, sin duda, á los usos de la buena sociedad.

Esta carta había ido desde luego á su domicilio de París. El portero la había hecho seguir para Penhoet.

D'Alboize rompió el sobre con cierta repulsión, pero apenas hubo empezado á leer su contenido, cuando dió un grito y con mano temblorosa tendió el papel á Carmen.

— ¡Lee!

Aquella carta, de una ortografía extraña, venía á decir lo siguiente:

«Mi coronel: Tengo en mi poder una cartera que contiene cartas de amor firmadas por una tal Carmen.

»Supongo que preferiría usted que estas cartas fuesen á parar á manos de usted, más bien que á las de su señora esposa, tanto más cuanto que en ellas se habla varias veces de un niño llamado Marcelino.

»Estoy seguro de que se impondría usted un pequeño sacrificio á fin de recuperarlas. Una vez que hayamos convenido en la cantidad, estoy dispuesto á restituirlas.

»Si el negocio le conviene, constitúyase usted de mañana en ocho días, es decir, el sábado, bajo el viaducto de Auteuil, á las dos de la tarde.

»Hablaremos.

»Cuento con su lealtad, esperando que no hará intervenir en este asunto á la policía, que anda ahora muy ocupada en otras cosas.

»Acepte usted, mi coronel, el testimonio de mi consideración más distinguida. — *Un soldado de la PATRIA OPRIMIDA.*»

— Dios se compadece de nosotros, exclamó Carmen. Convenceremos á Jorge. Partamos en seguida. Por fin vamos á tener derecho á ser felices.

VIII

MALA SUERTE

Muy mala era la que tenían por el momento *Caracol*, *Ceferina* y el interesante *Panuflo*.

Precisamente cuando la esperanza volvía á sonreírles, gracias á la tentativa de *chantage* que iban á operar con Roberto d'Alboize, una nueva desgracia venía á desbaratar sus proyectos.

Uno de aquellos días habían encontrado muerto á *Troppmann*, el viejo caballo, el antiguo compañero de sus largas peregrinaciones.

La miseria de los últimos meses había concluido por matarlo.

Aquella muerte fué desde luego acogida por un concierto de imprecaciones y blasfemias. Después siguieron los lamentos en torno del cadáver.

Panuflo trató de consolar á sus socios, demostrándoles que el caballo iba á serles inútil, puesto que con lo que iban ellos á cobrar del militar, no tendrían necesidad de continuar rodando por toda Francia sin salir de la miseria.

— La verdad es que ya estoy harta de este movimiento continuo, dijo *Ceferina*. Podríamos establecernos en París y emprender un pequeño comercio á domicilio.

— Tienes razón, contestó su esposo.

Y *Panuflo* añadió:

— ¡Pero en seguida! Así podremos esperar con más tranquilidad el resultado del negocio pendiente con el Sr. d'Alboize.

— Para esto necesitaríamos el consentimiento del notario de ese ladrón de *Claudinet*, objetó *Caracol*.

— La muerte del caballo nos proporciona una excelente ocasión de conseguirlo. ¿Vamos á verle?

— ¿Y el coche?

— Tengo comprador, dijo *Ceferina*. Una cartomántica de *Grenelle* me ha hecho proposiciones.

— Necesitaríamos una habitación.

— Con un día tenemos bastante para todo eso. *Ceferina* irá á ver á su cliente; tú, *Caracol*, te entenderás con el notario, y yo buscaré habitación.

— ¿Y los niños?

— Llévate á *Claudinet*... Conviene que el notario te vea con él. Yo pasearé á *Fanfán*.

Dicho y hecho.

El notario accedió á los deseos de *Caracol*.

Exigió solamente que la mitad del producto de la venta le fuese entregada, para colocarla á nombre de *Claudinet*.

— Casi no vale la pena, insistió el bandido designando al pobre físico; somos sus herederos, y ya no puede vivir mucho.

Ceferina consiguió también su objeto.

El coche tenía que pagarse al contado, dentro de veinticuatro horas, en casa del notario.

La sonámbula lo vendía barato; pero ¿qué importaba si pronto iban á ser ricos, merced al dinero que seguramente les entregaría d'Alboize?

Panuflo había encontrado una habitación que les convenía por todos conceptos, situada en el barrio de la *Glaciere*, barrio inmundo, generalmente habitado por traperos y comerciantes en toda clase de baratijas, residuos y trastos viejos.

La casucha destinada á la sociedad *Caracol* y compañía ocupaba el extremo más desierto del barrio. Se componía de planta baja y desván.

Cuando fueron á visitarla los tres, *Caracol* explicó á *Ceferina* sus ventajas:

— En primer lugar, no hay porteros ni más inquilinos que nosotros. Como los aristócratas, tenemos una casa para nosotros solos... ¡un hotel!.. Cuando hayamos cobrado el dinero de d'Alboize, podremos dedicarnos á la compra y venta de objetos robados. Para salvar las apariencias, seguiré afilando cuchillos, pero sobre todo, explorando el terreno para golpes seguros, con la condición de que sean otros los que corran los riesgos y nosotros los que no entremos más que en las ganancias. Nada de pérdidas. Para ello, no podíamos encontrar una casa mejor que ésta. Arreglando hábilmente un barrote de la reja, podemos entrar y salir por la ventana que da al campo, sin que nadie se entere de nuestras idas y venidas. Si hemos de recibir la visita secreta de un compañero, por la ventana puede entrar, sin necesidad de pasar por la calle. Y si acaso la policía quiere ver lo que pasa en nuestro hotel, mientras se abre la puerta á los sabuesos, huyen por la ventana los que no quieren hacerles los honores de la casa. El campo inmediato es bastante vasto para que por él no puedan sorprendernos.

— Y además, añadió *Panuflo* riendo siniestramente, si uno tiene alguna discusión, no hay peligro de que se oiga nada desde fuera... Y el *Bievre* es un río bastante discreto para guardar en su fondo un cadáver, sin revelar quién le ha confiado el depósito.

La casa fué alquilada inmediatamente.

No había más que un portero para todo el callejón sin salida, á cuyo extremo se encontraba la singular vivienda.

Dicho portero se cuidaba de los alquileres, que se pagaban adelantados.

Caracol pagó el suyo en el acto, merced al producto de la venta del coche.

La familia acordó instalarse al día siguiente en su nuevo domicilio.

Aquella noche, los tres socios se retiraron algo tarde, después de celebrar con sendos tragos de diferentes bebidas, en las tabernas que encontraron al paso, la suerte que otra vez parecía sonreírles.

Sin embargo, desde el alba, empezó *Ceferina* á hacer los preparativos de la mudanza, con ayuda de los chicos.

Panuflo había ido en busca de un carretón de mano, donde la sonámbula cargaba todo lo que debía llevarse.

— *Panuflo* y yo no te serviríamos más que de estorbo. Nos vamos á dar una vuelta mientras tú haces los preparativos de marcha... Tu cartomántica va á venir, y la instalarás.

— No olvidéis que es hoy la cita con el militar.

— Pierde cuidado.

— Aquí no os necesito... Podéis ir directamente á la nueva casa... después del negocio.

Viendo que los dos hombres se alejaban, *Ceferina* llamó á su marido para preguntarle:

— ¿No llevas las cartas?

— ¿Me tomas por tonto?

— ¿Pues?

— Están seguras en la maleta. ¿Quién nos asegura que ese d'Alboize va de buena fe y no nos prepara una celada? Me echarían el guante, cogiéndome la cartera. Y ¿qué diríamos entonces?

— Eso sería una canallada, pero tienes razón.

— Así paro el golpe. Veo á mi hombre y hablamos. Si acepta, hago además de sacar un paquete del bolsillo para entregárselo. Si tiene gente emboscada, escogerán ese momento para echármeme encima. Pero se verán burlados. Tú y *Panuflo* guardáis la correspondencia. Como no saben dónde vivimos, no hay reconocimientos que temer. Quedamos dueños de la situación... Si, por el contrario, mi hombre va de buena fe, le digo: «Caballero, no llevo encima lo que le prometí, pero venga usted conmigo y se lo entregaré.» Nos metemos en un coche, le conduzco á cierta distancia de nuestra casa, voy por los papeles, me paga y negocio concluido.

— ¡Bien pensado!, exclamó *Ceferina*.

Y *Panuflo* añadió:

— ¡Yo no lo hubiera combinado mejor!

Los dos bandidos esperaron la hora de la cita almorzando y jugando luego al tute una infinidad de copas.

— Con los capotes que te doy, decía *Panuflo* á su camarada, tendrás abrigo para el invierno próximo.

Caracol, malhumorado por la pérdida, levantóse, diciendo:

— Es hora de marchar.

— Vamos.

Pagaron el gasto y se dirigieron hacia el viaducto de Auteuil.

Un hombre esperaba allí, dando paseos por debajo del puente.

— ¡Es él!, exclamó *Panuflo*. ¡Puntual como buen militar! ¡Ojol!

Caracol se acercó al hombre, dirigiendo á derecha é izquierda miradas escudriñadoras.

Panuflo se quedó al acecho á cierta distancia.

El sitio, aunque poco concurrido, no era absolutamente desierto.

Sin embargo, nadie circulaba por debajo del último arco, el más próximo al Sena, donde d'Alboize iba y venía febrilmente, con indecible ansiedad.

— Usted dispense, caballero, dijo *Caracol* acercándose á él con un profundo saludo. ¿Espera usted á alguien?

— En efecto, contestó el oficial, mirando atentamente á su interlocutor. ¿Es usted el que me ha escrito?

Después de otra mirada á los contornos y manteniéndose á respetuosa distancia de Roberto, *Caracol* contestó con una obsequiosa sonrisa:

— He tenido este honor, mi coronel.

— ¿Dice usted que tiene en su poder una cartera llena de cartas?

— Sí, mi coronel; treinta y siete cartas con la firma de Carmen.

— ¿Está usted dispuesto á devolvérmelas?

— Con mucho gusto, mi coronel. Mediante un precio razonable, se entiende.

— ¿Cuánto quiere usted?

— A otro le pediría mil francos por carta; pero como es usted militar y yo soy amigo del ejército le haré á usted una rebaja. Me dará treinta mil por todo.

— ¡Treinta mil francos!

— En números redondos. No puedo rebajar más sin perder, añadió imperturbablemente el bandido.

— No discuto. Aquí está en billetes de banco la cantidad que usted pide; déme esas cartas.

Esto diciendo, Roberto sacaba del bolsillo un fajo de billetes de banco, unidos de diez en diez por medio de alfileres.

Era el momento decisivo.

Caracol echó una rápida mirada en torno suyo.

Vió á *Panuflo* que no señalaba nada de particular en las inmediaciones.

Sacó de un bolsillo interior del gabán una cartera grasienta, y de ella un paquete cuidadosamente envuelto y atado.

Con mucha pausa se lo entregó á d'Alboize, que lo cogió y se dispuso á abrirlo.

— No hay polizontes por medio, pensó el bandido; el dinero aprontado... Es hombre de buena fe.

Detuvo á d'Alboize que se disponía á abrir el paquete.

— No se moleste, mi coronel... Ahí no hay más que periódicos viejos... Las cartas se las voy á entregar ahora que veo que obra usted con lealtad. ¿Qué quiere usted?.. Se dan tantos petardos en el comercio, que uno no tiene más remedio que tomar sus precauciones.

Cínicamente manifestó á Roberto la astucia desplegada para obtener el dinero sin peligro de caer en un lazo.

El corazón de Roberto saltó de indignación y de vergüenza ante la desconfianza insultante de aquel bandido.

Estuvo á punto de castigar al miserable.

Pero se contuvo, pensando en Carmen y en Jorge, cuya felicidad estaba en manos de aquel hombre.

— Mi coronel, si me hace usted el honor de venir conmigo, antes de una hora habremos terminado el negocio.

— Adelante, contestó Roberto, devorando el traje que estaba obligado á soportar.

Anduvieron á pie hasta *Passy*.

Para mayor precaución, *Caracol* iba delante, y *Panuflo* seguía á unos cien metros de distancia detrás del oficial.

En *Passy* encontraron un coche de plaza.

— ¿Me permitirá usted que tome asiento en el interior con usted, mi coronel, y que mi camarada vaya en el pescante, al lado del cochero?

D'Alboize tuvo que aceptar aquella nueva humillación.

— ¡Calle de la *Glaciere*, esquina al *boulevard*... y ligero!., gritó *Caracol* al auriga. La propina será buena.

Tres cuartos de hora después habían llegado.

— Mi coronel, dijo *Caracol* saltando del coche, como no puedo recibirle en mi casa — porque es de

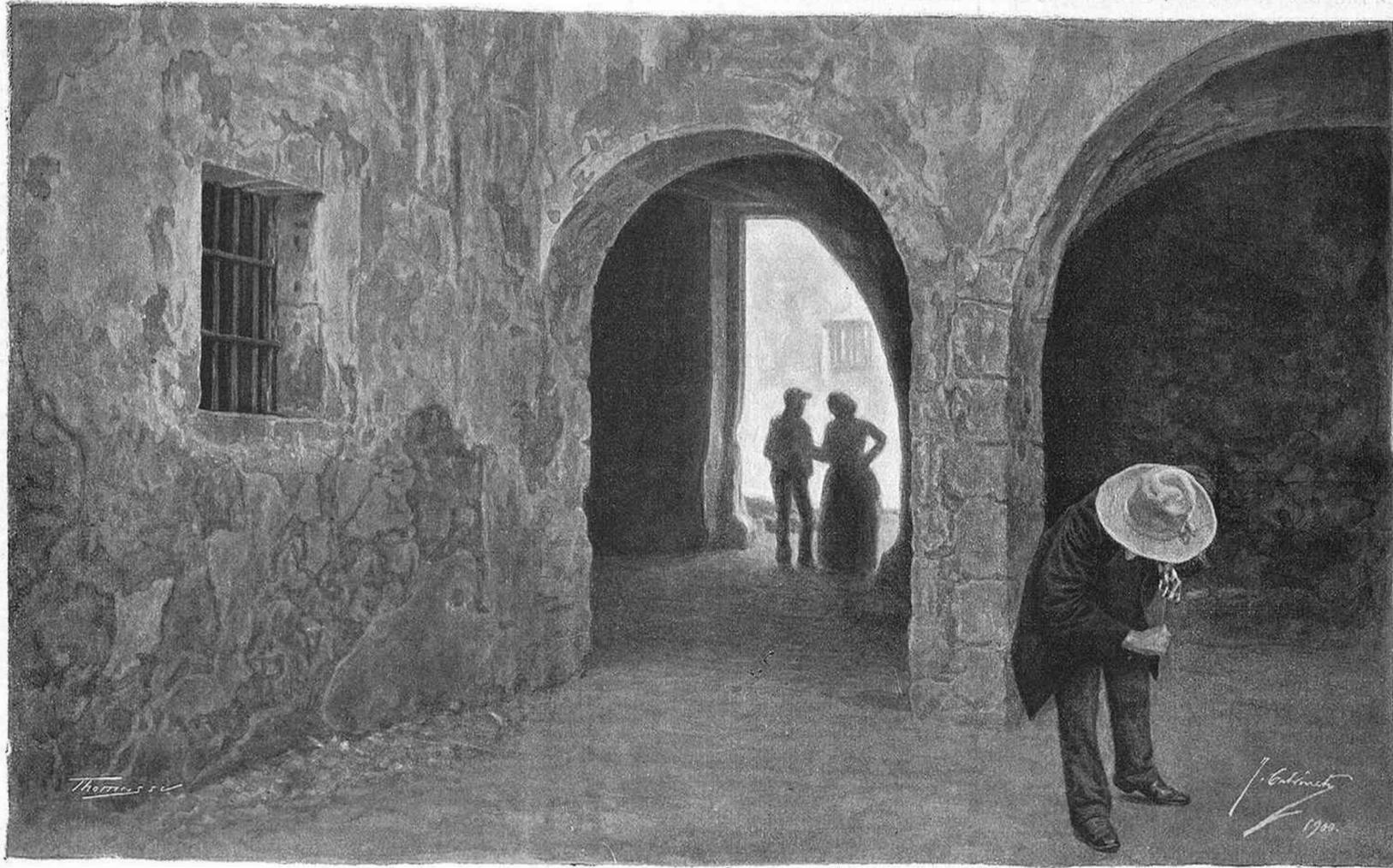
masiado humilde, — ruego á usted se sirva esperarme en el coche mismo cinco minutos. Vivo á dos pasos de aquí. Voy por la cartera y recuperará usted en el acto sus treinta y siete cartas.

ma, y ambos rodaron por el suelo en una de esas luchas brutales en que la fiera reaparecía en todo su horror.

Mordíanse con rabia, desgarrábanse las carnes con

sucesivamente á Ceferina, á Panuflo y á los niños. Con ayuda de Panuflo, practicó infinidad de veces una minuciosa pesquisa.

Mientras tanto, Fanfán estaba lívido.



La casucha destinada á la sociedad *Caracol* y Compañía ocupaba el extremo más desierto del barrio



— Aquí le espero.
Caracol y Panuflo corrieron á su nuevo domicilio. El mobiliario se componía de poca cosa. Todo había cabido en un carretón de mano. La instalación estaba hecha. Ceferina preparaba la comida inaugural.
 — ¿Ya está?.., preguntó á sus socios, al verles entrar.
 — Ya está, contestó *Caracol*. ¿Y la maleta?
 — Ahí; la he puesto de mesita de noche, ínterin compramos más muebles.
 — Está cerrada. ¿Y la llave?
 — ¿La llave? No sé. Tú debes tenerla.
 — No hagamos esperar al coronel, dijo Panuflo. Fuerza la cerradura. Toma mi navaja.
 Sin contestar, *Caracol* levantó la tapa, metió la mano en la maleta y revolvió los múltiples objetos que contenía.
 Lanzó una exclamación de asombro.
 — ¡Trae luz!
 Ceferina obedeció, mientras su marido sacaba uno por uno los objetos contenidos en la maleta.
 Desde el rincón en que se habían acurrucado, Fanfán y Claudinet observaban con terror cada uno de aquellos movimientos.
 Quedaba descubierto su robo.
 ¿Qué iba á pasar?
 Hubo algunos minutos de espantoso silencio.
 — ¡Qué! ¿No la encuentras?, exclamó Panuflo con un acento de ansiedad que contrastaba con su tono habitual.
 — ¡Me la han robado!, murmuró *Caracol* con voz sorda.
 — ¡No es posible!
 — Sí, sí; me la han robado. Pero ¿quién?, ¿quién puede ser?..
 Echó al aire todo lo que halló al alcance de su mano, dando gritos de rabia, profiriendo amenazas de venganza terribles.
 — Camarada, interrumpió Panuflo, ¡fuera comedias! Yo no me mamo el dedo... Convinimos en partir.
 — ¡Tú has sido, canalla, ladrón, asesino!.. ¡tú has sido el que me la ha robado para obrar por tu cuenta!.. ¡Pero no te hará provecho, porque voy á sacarte las tripas!
 Panuflo trató de protestar.
 — ¿Cómo puedes creer?..
 No pudo decir más.
Caracol, furioso, ciego de cólera, se le echó enci-

las uñas, se estrangulaban mutuamente con sus manos crispadas, profiriendo injurias y amenazas terribles.
 Fanfán y Claudinet, mudos de espanto, se habían ocultado detrás de la cama.
 De pronto, Ceferina se arrojó entre ambos combatientes y quiso separarlos.
 Y lo consiguió en un momento en que la sofocación les impedía seguir luchando.
 — ¿Estás loco, *Caracol*?.. ¿Cómo quieres que Panuflo?..
 — ¡Robada!.., rugía el bandido, sin oír siquiera á su mujer.
 — ¿Qué interés había de tener?
 — Entonces has sido tú... ¡Sí, tú has sido! ¡Para huir con él!..
 — ¡Yo!
 — Ó los muchachos... ¡Sí, ellos han sido! ¿Dónde están? ¡Ellos son!..
 Habiéndoles visto detrás de la cama, se disponía á precipitarse sobre ellos, cuando se interpuso Isidoro:
 — No quiero que toques á los niños. La cólera te ciega. Te figurabas tener esas cartas en la maleta y

— ¡Hemos perdido nuestra fortuna!.., gritaba *Caracol*. ¡Ese d'Alboize estaba tan dispuesto!.. ¡Iba á entregar el dinero! ¡Treinta mil francos!
 El bandido era acometido de nuevos accesos de rabia, y las acusaciones, las injurias y las amenazas se repetían á cada rato.
 Fanfán y Claudinet habían logrado escabullirse y se habían refugiado en el cuartito que les estaba destinado.
 Temblando de miedo, se acostaron sin haber comido, ocultando la cabeza bajo su miserable manta.
 Llegaban hasta ellos las voces de los tres miserables.
 — Vamos, cállate de una vez, dijo de pronto Ceferina, que había reflexionado un instante. Será una desgracia que hayas perdido esas cartas. Pero si se nos ha malogrado este negocio, no todo se ha perdido. Se me ha ocurrido á mí otro que vale más que el tuyo.

IX

SOBRE LA PISTA

A pesar de la estrecha vigilancia de que era objeto, es probable que Fanfán hubiera podido escapar á sus verdugos si hubiese querido.
 Pero la enfermedad de Claudinet, en el último grado de tisis, presentaba un carácter tan doloroso, que el muchacho no había querido abandonar á su compañero, á quien tanto amaba.
 Sin embargo, se le desgarraba el corazón al pensar en la señora de Penhoet, en la dulce existencia, llena de preciosas enseñanzas, de consuelos y de ilusiones que llevó á su lado.
 A menudo, ansioso de apartar de su vista la atroz realidad, se abismaba en sus recuerdos y añoranzas. Ni siquiera había escrito á su bienhechora.
 Al principio, contaba escapar pronto y volver á Moisselles. Más tarde, no se atrevió á escribirle.
 Le daba vergüenza tener que confesar las mentiras que le había contado, decir quién era, declarar que daba el título de padres á la horrible pareja.
 ¡Llamar madre á Ceferina! ¡Madre!..
 Evocada por esta palabra, aparecía en su trastornado espíritu la sombra de una tierna y bella señora que le sonreía, y sentía en su rostro besos y caricias y unos brazos que le estrechaban con amorosa dulzura.



Caracol, furioso, ciego de cólera, se le echó encima

no están. Es que las metiste en otra parte y no te acuerdas. Ya parecerán.
 — No, no las saqué de ahí. Es que me las han robado. ¡Robado! ¡Robado!..
 Durante horas, *Caracol* repitió lo mismo, acusando

(Continuará)

EL TROLLEY SUBTERRÁNEO

DE LA COMPAÑÍA THOMSON-HOUSTON

Parece plenamente demostrado en la actualidad que la tracción eléctrica por trolley es la que se impone. Este sistema es el que reina en la mayoría de las grandes ciudades, pero confesemos que tiene mucho de antiestético.

El alambre conductor de la corriente está suspendido sobre la vía sostenido las más de las veces á derecha é izquierda por sólidos cables fijos en las casas, todo lo cual nada tiene de elegante, pues corta la perspectiva y afea el aspecto de las calles y de los monumentos. Pero esta no es una razón para privarnos de las comodidades de la tracción eléctrica, ya que para obviar aquellos inconvenientes y no perder las ventajas de estas comodidades basta con que se obligue á las empresas á instalar los trolleys subterráneos.

La compañía Thomson-Houston, concesionaria de una parte de las líneas de tranvías de París, ha aceptado esta condición, pues en la capital de Francia no se han autorizado hasta el presente los trolleys aéreos, y ajustándose á ella ha inaugurado hace poco una sección importante entre la plaza de Pereire y la estación de Montparnasse. En realidad, esta sección que pone en comunicación uno de los barrios más importantes de París con la Exposición Universal, se compone de dos ramales de línea; el primero pertenece á la que va desde la puerta de Asnières á la Escuela Militar, y el segundo á la que se extiende desde la Estrella á la estación de Montparnasse. Como se ve, en una parte del recorrido, entre la Estrella y la Escuela Militar, habrá dos líneas que, dentro de poco, se completarán con otra que irá desde la estación de Montparnasse á la Bastilla. El servicio de los bulevares comprenderá, pues, en total 12 kilómetros y 80 vagones. La fábrica que proporciona la corriente está situada en Grenelle y contiene cinco dinamos de 300 kilovatios cada una en corriente continua á 500 voltios. El alambre conductor está colocado á lo largo de la vía en una canalera practicada debajo de uno de los rieles, que es doble, á fin de dejar pasar la barrita fijada en un costado del coche que sostiene el trolley. La construcción de esa canalera es interesante; está formada ésta por un armazón de hierro situado de metro en metro en la zanja y los anillos de hierro que la componen presentan una sección elíptica, cuyo eje mayor, colocado en el sentido de la altura, es de 45 centímetros y el menor de 35. En la parte superior, destinada á recibir el doble riel, hay un espacio vacío por donde pasará el trolley. Cuando se ha colocado en la zanja un cierto número de anillos, se cubren éstos interiormente con planchas de palastro que las cierra por completo y se echa betún por fuera para reunir todos los anillos y llenar la zanja. De este modo se obtiene una canalera continua muy sólida, que forma, por decirlo así, una sola pieza con uno de los rieles de la vía. A distancia de 4'20 metros entre dos anillos se ha dejado un registro por el cual puede pasar un muchacho, el cual penetra allí primero cuando el betún se ha solidificado á fin de desmontar los armazones de palastro y hacer los ajustes necesarios. Mas como la sección es muy estrecha, pues no tiene, según antes hemos dicho, más que 45 x 35 centímetros, le sería casi imposible al operario moverse dentro de la misma; así es que para facilitar su trabajo

se ha empleado un medio muy sencillo: se ha introducido, ante todo, en el interior una plancha de hierro sostenida en sus cuatro ángulos por cuerdas que se juntan en un pequeño carretón de dos ruedas colocadas una delante de otra sobre el doble riel; el muchacho se tiende en esta plancha y los obreros colocados en la parte de afuera lo conducen á los distintos puntos en donde ha de trabajar.

desprende oxígeno en cantidad suficiente para la respiración, mientras la sosa formada simultáneamente fija el ácido carbónico del aire espirado. Al mismo tiempo verificase por oxidación la destrucción de las toxinas contenidas en el gas que sale de los pulmones.

Este sistema de regeneración del aire era evidentemente aplicable al hombre que respira en un espacio cerrado, habiendo conseguido los Sres. Desgrez y Balthazard construir un aparato práctico que permitirá en lo sucesivo vivir en un ambiente irrespirable, lo mismo entre gases moféticos que en el agua. Sabido es que este problema estaba desde hace mucho tiempo resuelto: los buzos se introducen en el agua; un saco de aire colocado en la espalda con tubos delgados que van á parar junto á las vías respiratorias permite penetrar en un pozo que desprenda ácido carbónico ó en espacios invadidos por el humo. Pero en todos los sistemas conocidos, cuando se quiere permanecer una hora por lo menos en una atmósfera viciada hácese necesario emplear una bomba y enviar al aparato aire comprimido para renovar la provisión indispensable para la vida. En el dispositivo de los Sres. Desgrez y Balthazard, el aparato se basta á sí mismo, pues sin ningún instrumento auxiliar fabrica aire nuevo á medida que se necesita.

El nuevo aparato se compone de tres partes distintas, aunque realmente sólo forman una: una caja prismática de acero, destinada á contener el bióxido de sodio y á distribuirlo según se necesite. Para ello está dividida en compartimientos por diez tablillas horizontales sobrepuestas, cada una de las cuales lleva una provisión de bióxido; un aparato de relojería imprime sucesivamente y en intervalos iguales á cada una de las tablillas un movimiento de báscula, por virtud del cual la carga cae en una segunda caja cúbica, también de acero, que contiene agua y que está colocada debajo de la caja precedente. Finalmente un pequeño ventilador movido por un motor eléctrico que funciona con acumuladores, provoca una circulación continua del aire viciado y del aire regenerado en el aparato y en el espacio cerrado en donde permanece el sujeto. El aire, que se encuentra ligeramente calentado por su misma regeneración, se ve obligado á pasar, cuando sale del medio de reacción, por un refrigerador que lo vuelve á su temperatura inicial. Las piezas de que acabamos de hablar están agrupadas y encerradas en una caja de aluminio de forma circular herméticamente cerrada.

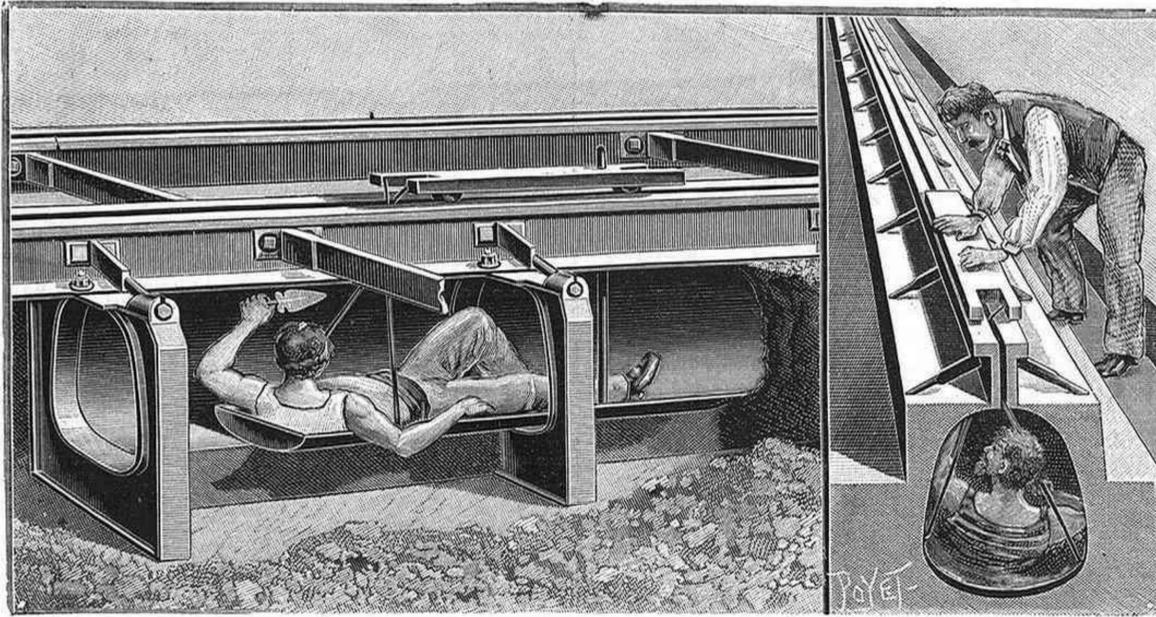
El sujeto se aísla en la parte superior de su cuerpo poniéndose un escafandro hermético con el aparato de regeneración. El aire penetra sin cesar al alcance de las vías respiratorias.

El sistema en su conjunto pesa sólo 12 kilogramos y el volumen de aire que circula no excede de cinco litros, los cuales son renovados constantemente durante una hora al menos con 200 gramos de bióxido. Aumentando la dosis, se podría naturalmente vivir durante dos, tres horas, etc.

Costando, como cuesta el bióxido actualmente, cuatro francos el kilogramo, el gasto apenas es de 80 céntimos por hora.

Este nuevo aparato realiza, al parecer, un progreso y será utilizado ventajosamente dondequiera que el hombre se vea obligado á penetrar en una atmósfera irrespirable.

ENRIQUE DE PARVILLE.

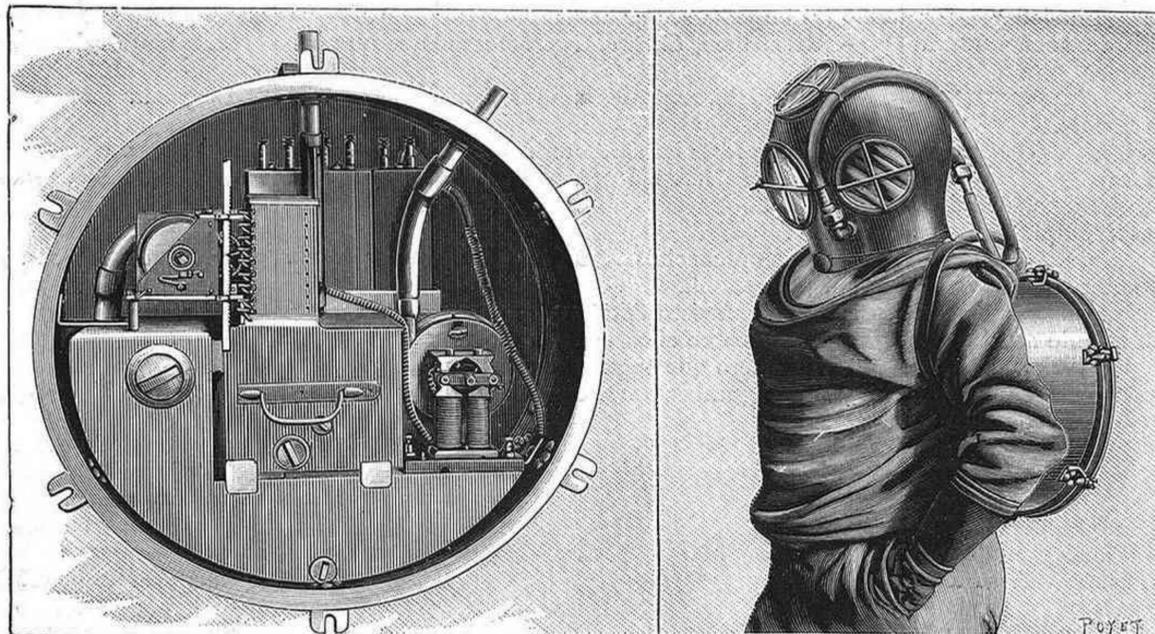


Construcción del trolley subterráneo de los tranvías Thomson-Houston

Quando la canalera está completamente terminada, se fijan los vasos aislados delante de cada registro y se hace pasar por éste el alambre conductor que luego es fijado en aquéllos. Los registros están cerrados por una plancha metálica desmontable de manera que puedan ser siempre utilizados, y la canalera se comunica á cada 100 ó 150 metros, según los casos, con las alcantarillas para asegurar la salida de las aguas de lluvia y de las inmundicias que, pasando por la ranura del doble riel, se acumulan en ella.

De este modo también se conseguiría evitar no pocos accidentes que con demasiada frecuencia acontecen con el actual sistema de los cables aéreos, lo cual no dejaría de ser muy interesante.

Este sistema de construcción permitirá conciliar la estética de las grandes ciudades con el trolley de los tranvías eléctricos. - G. M.



APARATO DESGREZ Y BALTHAZARD. - Vista interior: caja distributriz; motor eléctrico, ventilador, depósito de agua. Vista en conjunto: individuo vestido con el escafandro y el aparato regenerador del aire viciado

REGENERACIÓN DEL AIRE VICIADO

El año pasado los Sres. Desgrez y Balthazard llamaron la atención sobre una substancia química empleada en tintorería que tenía la propiedad de descomponerse al contacto del agua y en frío, formando oxígeno y sosa. Esta substancia es el bióxido de sodio. En el laboratorio del profesor Bouchard, de la facultad de Medicina de París, consiguieron hacer vivir en un vaso cerrado á varios animales durante muchas horas, regenerando por medio del óxido de sodio el aire agotado, demostrando de este modo que en un medio cerrado herméticamente el bióxido de sodio proyectado en pequeña cantidad en el agua

se cubren éstos interiormente con planchas de palastro que las cierra por completo y se echa betún por fuera para reunir todos los anillos y llenar la zanja. De este modo se obtiene una canalera continua muy sólida, que forma, por decirlo así, una sola pieza con uno de los rieles de la vía. A distancia de 4'20 metros entre dos anillos se ha dejado un registro por el cual puede pasar un muchacho, el cual penetra allí primero cuando el betún se ha solidificado á fin de desmontar los armazones de palastro y hacer los ajustes necesarios. Mas como la sección es muy estrecha, pues no tiene, según antes hemos dicho, más que 45 x 35 centímetros, le sería casi imposible al operario moverse dentro de la misma; así es que para facilitar su trabajo

LA EXPEDICIÓN POLAR

DEL DUQUE DE LOS ABRUZZOS

Después de mucho tiempo de no haberse recibido noticias suyas y de haber circulado acerca de su expedición alarmantes rumores, ha llegado felizmente á Europa, á bordo del *Stella Polare*, el duque de los Abruzzos.

La expedición del hijo del que fué rey de España con el nombre de Amadeo I, ha batido el *record*, como se dice en lenguaje de deporte, que hasta ahora correspondía á la de Nansen, el cual llegó á hasta los 86° 14' de latitud, al paso que el capitán Cagni, segundo de la expedición del duque de los Abruzzos, alcanzó la de 86° 33'.

Nansen había llegado á 226 millas (418 kilómetros) del polo; Cagni ha llegado á 207 (383 kilómetros.)

El 12 de junio de 1899 el *Stella Polare* salió de Cristianía dirigiéndose á Arkangel, en donde embarcó provisiones y un centenar de perros, y desde allí hizo rumbo al cabo de Flora y luego más al Norte, á las islas del príncipe Rodolfo, en donde le detuvieron los hielos. En seguida se tomaron las disposiciones necesarias para la invernada, comenzando entonces la verdadera exploración.

El día 8 de septiembre ocurrió un accidente que por poco acaba con la expedición: el banco de hielo, hasta entonces inmóvil, experimentó una de esas terribles convulsiones que en términos tan conmovedores ha descrito Nansen; el buque, asaltado por los hielos, crujía, acabando por tumbarse; una vía de

agua penetró en las máquinas y fué preciso proceder á toda prisa al salvamento de las provisiones, y mientras una parte de la tripulación se ocupaba en transportar á tierra los víveres y los equipajes, otros trataron de salvar el buque, habiendo al fin conseguido encallar, si bien no podía servir ya de alojamiento por estar medio lleno de agua, por lo cual los expedicionarios hubieron de instalarse en tierra.

El invierno fué rigurosísimo, descendiendo el termómetro á 47° bajo cero. Para distraerse durante el período de obscuridad, los exploradores cazaban osos, se dedicaban á la lectura ó emprendían excursiones á las tierras vecinas. Durante una de estas excursiones, al duque de los Abruzzos, sorprendido por una tormenta de nieve, se le helaron dos dedos, que hubieron de serle amputados á fin de evitar el desarrollo de la gangrena. El 11 de marzo de este año emprendieron la marcha al polo: la caravana se componía de trece hombres y varios trineos, tirado cada uno por ocho perros. Habíase convencido que á medida que avanzaran, se irían retirando por secciones algunos hombres, gracias á lo cual la cabeza de la columna, destinada á llegar lo más lejos posible, podría disponer de mayor cantidad de víveres.

Después de dos días de marcha, retiróse una primera sección; diez días después se retiró otra, de la cual no se ha encontrado la menor huella: perdidos en medio de una tormenta, los desgraciados que la componían no acertaron con el camino y uno tras otro cayeron sin duda helados en el gran desierto blanco. Diez días después retrocedió la tercera sección, dejando al capitán Cagni con tres hombres proseguir

su ruta hacia el Norte. El duque de los Abruzzos hubo de volverse atrás á causa de la congelación de la mano.

Según el relato del capitán Cagni, la marcha por el banco de hielo no ofrecía grandes dificultades, hasta que llegaron á los 86° 33' los exploradores hubieron de detenerse porque estaban rendidos y los víveres comenzaban á escasearles. La retirada fué terrible, y los exploradores, para no morir de hambre hubieron de alimentarse exclusivamente con la carne de sus perros. El día 23 de junio la pequeña caravana se reunió con el grueso de la expedición, después de un viaje de tres meses y medio por una de las más espantosas soledades de la tierra. De los cien perros que se habían llevado, sólo seis sobrevivieron.

El capitán Cagni no encontró en su ruta tierra alguna, confirmando así la manifestación de Nansen; tampoco encontró en parte alguna la menor huella del paso de Andrée.

Después que hubo regresado la expedición polar, la tripulación se dedicó á reparar las averías del buque y á sacarlo de entre los hielos que lo aprisionaban. El 16 de agosto, el *Stella Polare* estaba á flote, y el día 5 de septiembre último, el duque de los Abruzzos, después de haber corrido los mayores peligros, llegaba á Noruega.

La ovación que su patria le ha tributado al recibirlo ha sido tan grande como merecida; el joven príncipe puede estar orgulloso de su arriesgada empresa, que ha añadido una página gloriosa á la historia de las exploraciones árticas. - X.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con **PEPTONA**
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 AÑOS de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El más eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, PARIS
 y MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

BANCOS DE EMISIÓN, por Ramón E. Sanfeliú. — Imposible nos es, dada la índole de esta sección, dar idea siquiera aproximada de lo que es este importante libro, y ante esta imposibilidad nos limitaremos á decir que su autor, el notable economista chileno Sr. Sanfeliú, estudia en él cuantos problemas se relacionan con las circulaciones monetaria y fiduciaria, fijándose especialmente en la situación de Chile, y avalorando sus observaciones con multitud de datos estadísticos. Al final se inserta una recopilación de las leyes y disposiciones administrativas sobre Bancos de emisión y descuento publicadas en Chile, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España, Bélgica, Suiza, Portugal, Estados Unidos de Norte América, Méjico, Nicaragua, Ecuador, Perú, Brasil, República Argentina, Estados Unidos de Venezuela, Uruguay, Guatemala y Rusia. El libro ha sido impreso en Santiago de Chile en la Imprenta Nacional.

OBRAS ESCOGIDAS de Madame Swetchine. — Este libro, que forma parte de la «Colección de Autores católicos,» con tanto éxito publicada por el editor barcelonés D. Juan Gili, contiene las principales obras de la célebre escritora rusa que floreció á principios de este siglo, entre las cuales citaremos el *Tratado de la Vejez*, de una originalidad absoluta y de un lirismo divinamente poético en la mayoría de sus párrafos; *Flores de nieve*, llena de ingenio y ob-



LA FUENTE DE CUPIDO, cuadro de Harold Speed

servación; *Del consejo y del precepto*, profundamente mística; el *Tratado de la Resignación*, el *Tratado de la Verdad y la Piedad del Cristianismo*, trabajos sólidamente filosóficos y religiosos. El censor eclesiástico, al emitir su parecer sobre este libro, dice lo siguiente, que es el mejor elogio de la obra: «Hija benemérita de la Iglesia Católica podemos llamar á la ilustre autora de este libro por el acendrado catolicismo que reina en todos sus capítulos y por el fervor comunicativo con que están escritas todas sus páginas. Pensadora de buena ley, comunica al lector, en forma agradable, propia suya, genial, la convicción, que por la fuerza del raciocinio adquirió, de las verdades de la religión católica.»

EL FUEGO. EL INOCENTE. LAS VIRGENES DE LAS ROCAS. por Gabriel d'Anunzio. — El ilustre escritor italiano d'Anunzio es sobrado conocido en el mundo de las letras para que lo presentemos á nuestros lectores, y sus obras han adquirido sobrada popularidad apenas salidas de su pluma para que hayamos de elogiarlas. De aquí que basta el anuncio de la publicación de sus libros para que éstos se vendan por millares y para que los editores extranjeros se apresuren á dar á la estampa ediciones en sus respectivos idiomas. El editor barcelonés Sr. Maucci ha puesto á la venta una edición en castellano de las novelas *El fuego* (dos tomos), *El inocente* y *Las vírgenes de las Rocas* (un tomo cada una), esmeradamente traducidas por D. Tomás Orts Ramos la primera y la última y por D. Augusto Riera la segunda.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUIZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALCIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

EL APIOL de los DRES JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRÍADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.*
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILVORE, DUSSER*, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN